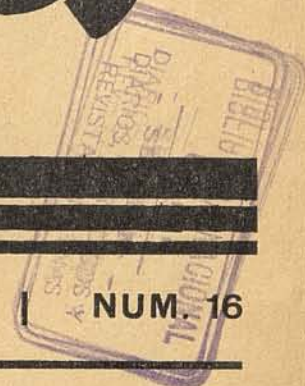


ESTUDIOS



AÑO II



MARZO DE 1934

NUM. 16

ALGUNOS CARACTERISTICOS EPISODIOS DE DON BOSCO..	1
CARLOS MARX, por Francesco Olgiati.. . . .	8
LAS BASES ESPIRITUALES DE UN ORDEN NUEVO, por Raymond Becker	17
EL CATOLICISMO Y LA CRISIS MUNDIAL.— Los errores del Capitalismo (Continuación), por R. P. Coulet	26
DE TODO EL MUNDO	33

“ESTUDIOS”

REVISTA MENSUAL

Fundada por el Centro de Estudios Religiosos

OFICINA: AHUMADA 360

CASILLA 2081 - TELEF. 88573

SANTIAGO

SUSCRIPCION:

UN AÑO..... \$ 18.00

NUMERO SUELTO..... „ 1.60

LEA UD.

“*El Cristiano hombre de Acción*“, por A. Mahaut.

“*La Doctrina Social de la Iglesia*“, por P. G. C
Rutten.

“*Boletín de la Academia Chilena de la Historia*“

“*La Constitución de 1833*“, por Antonio Huneeus.

EN VENTA EN LA

Librería Cultura Católica

Delicias 1626

—

SANTIAGO

ESTUDIOS

PUBLICACION FUNDADA POR EL
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE
CASILLA 2081 - SANTIAGO DE CHILE

Año II

Marzo de 1934

Núm. 16

Algunos característicos episodios de Don Bosco

El gran apóstol de la educación popular y amoroso padre de la niñez proletaria, "Juan Bosco", acaba de ser canonizado por la Iglesia.

Cupo a Don Bosco, en la segunda mitad del siglo diecinueve, la misión providencial de impulsar la educación cristiana de los numerosos hijos de las clases desvalidas y modestas de las sociedades, en los momentos mismos en que las instituciones públicas iban dando a aquellas una ingerencia creciente en el gobierno de cada nación.

El éxito prodigioso de su Congregación y de sus millares de escuelas esparcidas por todo el mundo, así como el rápido desarrollo de varias otras instituciones religiosas fundadas sobre bases análogas, son la mejor prueba de la intervención extraordinaria de Dios a favor de este especial apostolado.

En un sueño o visión celestial vió esbozada su misión en la tierra, a la edad de ocho años, el humilde aldeanito que hoy veneramos en los altares como fundador de una gran orden religiosa docente. Casi todos los actos de la existencia de San Bosco siguieron revelando una dirección sobrenatural de Dios.

Tal vez no hay vida alguna de santo contemporáneo que esté más documentada que la de San Bosco por las correspondencias y narraciones de los que con él vivieron y por las numerosas relaciones escritas que dejara él mismo.

El Apóstol Saltimbanqui

Los muchachos le eran amigos inseparables gracias a su dulzura y jovialidad. El aprovechaba desde niño esta amistad para ir enseñando a sus compañeros siempre que podía el catecismo y algunas de las instrucciones del párroco que imprescindiblemente oía todos los domingos.

Pero deseando atraerse para este fin al mayor número de niños que le fuera posible, ideó una cosa verdaderamente singular.

Asistía con frecuencia a las ferias de los pueblos vecinos en donde los acróbatas y charlatanes daban espectáculos públicos. Como tenía un espíritu eminentemente observador descubría al poco tiempo los secretos de que se valían para tener embobada a la gente y sin gran dificultad llegó a imitarlos. Apenas se creyó seguro y bien diestro en esos juegos principió a ejecutarlos en medio de sus compañeros. No se necesitó más para que la cosa corriera de boca en boca.

De todas partes acudían no sólo niños sino hombres y mujeres para ver al pequeño saltimbanqui que no tenía aún doce años de edad. El los reunía al aire libre debajo de añosos castaños. Ataba sus cuerdas, preparaba su mesita, arrimaba una silla y ponía en el suelo una vieja estera para hacer los saltos mortales y las demás pruebas como consumado acróbata.

—Veréis maravillas les gritaba; veréis la multiplicación de los huevos, el cambio del agua en vino, como se despresa un pollo y luego resucita y canta, veréis como me trago una moneda y luego aparece sobre la nariz de alguno de vosotros; me veréis caminar y bailar sobre una cuerda y muchas otras cosas sorprendentes.

La gente está impaciente y loca de gusto. El pequeño gitano aprovecha el momento, sube sobre la mesa y les dice que para empezar sólo falta una cosa. ¿Cuál?, gritan todos a una. Que recemos primero a la Virgen.

Esta salida caía como una bomba sobre aquella heterogénea muchedumbre, pero antes que tomasen pie las protestas se oía una voz argentina entonar un lindo y melodioso canto, era Juan que principiaba el rezo con un himno a María. Cautivados con su hermosa voz, atraídos por el deseo de ver los juegos, admirados por la piedad de aquel jovencito rezaban todos con entusiasmo.

Terminado el rezo, les explicaba en pocas palabras la plática que había oído por la mañana y que retenía con su prodigiosa memoria y luego principiaba sus atrayentes juegos de prestidigitación y acrobacia.

Aquella gente rebosaba de entusiasmo y acudía el Domingo siguiente en mayor número al ameno y fructífero espectáculo.

Alegre Estudiante

Juanito asistió a la escuela del humilde pueblo en que había nacido y luego, de acuerdo con su buena madre, a otras mejores de las ciudades vecinas, haciendo diariamente largas caminatas; leía además en las horas libres obras instructivas que le proporcionaban sacerdotes amigos. Tenía un ansia inmensa de saber para llegar a ser también sacerdote y evangelizar a la juventud.

Estaba dotado de gran inteligencia y de una memoria prodigiosa que le permitía retener no sólo todo un sermón que había escuchado, sino también un texto de latín clásico con sólo oírlo recitar una vez en el liceo. Como estudiante fué un foco de atracción piadosa para sus condiscipulos y fundó entre ellos "La Sociedad de la Alegría" hija genuina de la bondad y fe que alimentaba en su alma.

Cursó por fin serios estudios en el gran Seminario de Chieri y fué ordenado sacerdote como lo anhelaba desde su niñez.

En busca de alumnos

No tardó en arrendar un local en Turín venciendo grandes dificultades y organizó entonces, de una manera al parecer estable, una escuela para muchachos desvalidos a quienes salía a buscar él mismo por las calles y plazas, atrayéndolos con su bondad jovial.

Allá en ese local los entretenía bondadosamente con historietas y juegos, los adoctrinaba en la religión y aun los alimentaba con las limosnas que recogía.

Este fué el origen de lo que él llamaba "Oratorios Festivos", extendidos hoy por todo el mundo.

Los alumnos, que en Turín eran llamados "los pilluelos de Don Bosco", se contaban ya por centenares y su bullicio ensordecedor fué el martirio del vecindario. La policía llegó a intervenir en ello y tres veces hubo de mudar Don Bosco de local hasta que arrendó un sitio apartado y definitivo que él prometió adquirir a su dueño sin tener una lira con qué pagarlo. Pidió también a su madre que se trasladara allí para ayudarle como ama de casa.

Se le quiere encerrar en un manicomio

El gobierno del reino piamontés miraba con desconfianza estas reuniones populares alrededor de Don Bosco. El ministro Cavour que le tenía por un iluso le hizo llamar para decirle que debía pensar en cerrar definitivamente su Oratorio festivo.

Entre muchos clérigos amigos iba extendiéndose la idea de que Don Bosco era realmente víctima de una perturbación mental y fueron a hablarle para convencerlo de la imposibilidad en que estaba de continuar su empresa.

—Son Uds. les replicó Don Bosco los que están en un error. Con el auxilio de María adquiriré un local propio; allí haré una gran iglesia y tendré vastísimos edificios para escuelas y talleres y dormitorios para miles de niños; cada muchacho aprenderá el oficio que más le guste y tendré a mi lado la ayuda de innumerables religiosos dedicados a esta obra.

Los sacerdotes se retiraron persuadidos de que un clérigo que abrigaba tales proyectos, sin tener medio alguno para realizarlos, padecía sin duda de locos extravíos. Lo que Don Bosco anunciaba no era sin embargo, sino lo que a él le había sido revelado en uno de sus muchos sueños y lo mismo que años más tarde vió realizado con creces.

Pero como la opinión dominante calificaba aquello como una prueba de desequilibrio mental sujeto a tratamiento médico, dos sacerdotes amigos, apiadados de él, fueron a invitarlo un día a dar un paseo de descanso en carruaje, no sin haber previamente concertado otras personas con el director del Manicomio de Turín que le recibiera con toda la caridad y con toda la firmeza necesaria para su curación. El cochero fué prevenido además de que debía partir velozmente a su destino sin hacer caso de las protestas del nuevo pasajero que iba a recibir.

Don Bosco estaba dotado de la facultad, que reveló numerosas veces en su vida, de penetrar en la conciencia y pensamientos de sus interlocutores. Recibió amablemente a sus visitantes y después de conversar con ellos, tomó su sombrero y accedió a sus instancias de salir. Al subir al coche se negó terminantemente a tomar asiento antes que sus visitantes que eran mayores en edad y apenas habían subido estos cerró desde abajo violentamente la puerta y gritó al cochero: "Al manicomio, allí los esperan a los dos". El auriga azotó sus caballos y partió a carrera haciéndose el sordo a las protestas de los pasajeros.

Fueron los dos visitantes recibidos con la firmeza que estaba convenida

para el insano y reclusos a viva fuerza en sendas piezas no sin extrañarse el Director de que fueron dos en vez de uno. Y no pudieron salir de ahí sino mediante intervención de extraños.

Desde entonces se dejó en paz a Don Bosco y todos fueron convenciéndose de que el pretendido loco discurría más que muchos cuerdos.

Saca a pasear a los presos de Turín y vuelve con todos

Su mencionado sueño de edificación del Oratorio comenzó muy luego a realizarse. Por vías inesperadas le fueron llegando decenas de miles de libras con las que compró el terreno contratado e hizo por de pronto una pequeña capilla, salas de clases, etc.

Todo el mundo fué viendo que la Providencia bendecía su obra humanitaria y no solo fué querido con delirio por su muchachada sino por todos los buenos ciudadanos que le veneraban y ensalzaban su caridad.

En sus horas libres ejercía sin descanso su ministerio sacerdotal, confesando moribundos, convirtiendo incrédulos y predicando.

Una prueba manifiesta de su prestigio y del dominio que ejercía sobre las voluntades la dió una vez con los presos de la cárcel de Turín.

Con la autorización correspondiente había dado siete días de ejercicios espirituales a los encarcelados en ella, todos los cuales se habían confesado y comulgado con las mayores muestras de piedad. Concibió entonces la idea extraña de sacarlos a paseo durante un día de excursión al aire libre; para un encarcelado entre estrechos muros este es el solaz más ambicionado. Se dirigió pues resueltamente al alcaide de la Cárcel pidiendo su permiso para llevarlos al Castillo de Stupingi, a diez kilómetros de distancia. Eran 350 presos.

El Alcaide queda estupefacto ante tal petición, le parece un absurdo y se excusa diciéndole que sólo el Ministro podía autorizar cosa semejante.

Don Bosco no desmaya y va entonces donde el Ministro del reino quien con no menos asombro exclama al oírlo. "Me pide Ud. un imposible". Insiste el santo apóstol en que las buenas disposiciones de los encarcelados le permiten asegurar que su confianza no será burlada. El ministro reflexiona y le responde que enviará cincuenta guardianes que los acompañen para que estén atentos a cualquier rebelión que pueda ocurrir. Eso no, replica Don Bosco, con insistencia; la vista de la milicia amargaría el placer de los agraciados. Yo me hago responsable de ellos.

Ocurrió entonces un fenómeno singular, el Ministro Ratazzi, que no era por cierto un **clerical**, aceptó aquella proposición bastante temeraria al parecer.

Al día siguiente después de la misa saca Don Bosco, sin más guardia que él mismo, a los 350 presos que radiantes de contento no cesaban en el camino de hacer las más tiernas manifestaciones a su querido padrecito. Iba un animal cargado con provisiones para el almuerzo, los encarcelados insisten en llevarlas sobre sus hombros para que Don Bosco pueda subir sobre el animal y hacer un paseo más descansado. A la tarde regresan a la cárcel conducidos por él después de un día feliz. No había ocurrido ni sombra de desorden.

Al pasar lista el Alcaide, cuando los recibió en la cárcel, pudo consta-

tar que no faltaba ninguno. Todos habían cumplido la palabra dada, al partir, al paternal apóstol.

Una tesorería que abastece la Providencia

Todas las vastas construcciones escolares y numerosos talleres que hizo Don Bosco en diversas ciudades de Italia; Francia, España, etc., así como las iglesias que levantó, fueron costeadas por erogaciones de los fieles y estas llegaban a sus manos con una rapidez y oportunidad que era a todas luces providencial. Lo mismo ocurría con el dinero necesario para cubrir los enormes gastos que demandaba el mantenimiento de sus alumnos que ya seguían cursos de enseñanza de varios años.

Un día Sábado del año 1860 se presentó de mañana a Don Bosco el industrial que suministraba pan a la gran escuela de Valdoco en Turín, diciéndole en forma absoluta y terminante que no tendría pan para la comida de sus alumnos en la tarde, si no le cancelaba en el acto la cuenta adeudada por varios meses. Don Bosco procura calmarlo y le dice que vuelva, que hará lo posible por satisfacerlo. Busca en seguida a varios acólitos y alumnos y les dice: Id luego a la iglesia; rogad ante el S. Sacramento por mi intención; turnaos de dos en dos, me hallo en un grande apuro. Tomó en seguida su sombrero y salió por las calles de Turín y he aquí como al día siguiente contó él mismo, a sus hijos, lo que le ocurrió:

—“No tenía dinero, ni sabía donde poder encontrarlo. Mientras vosotros estábais en la iglesia, yo andaba por la ciudad preocupado y pensando donde y a quien pedir limosna cuando oigo a un hombre que me llama, y acercándose me dice:

—“Iba precisamente en estos momentos a Valdoco en busca de Ud. para decirle que mi patrón, que está enfermo, desea hablar con Usted.

“En el acto accedí y él me acompañó a la casa de su amo, quien es una persona muy buena y que hace mucho tiempo está enfermo.

“Me acogió con mucha bondad, me pidió noticias del Oratorio, me habló de muchas otras cosas y al último me dió un paquetito. Era precisamente la suma que yo necesitaba. De este modo y en el mismo día, pude pagar la cuenta al panadero”.

La fama de santidad de Don Bosco y la historia de sus numerosos milagros iba extendiéndose por todo el mundo. Ya era un niño ciego o paralítico a quien curaba o un enfermo desahuciado o postrado en cama por varios años a quien inculcaba la fe en María Auxiliadora y le ordenaba en seguida levantarse de su lecho para ir a su Iglesia contra la opinión de los facultativos. Todo está documentado en su vida con nombres y circunstancias.

El Papa León XIII bendijo varias veces su obra educativa y las más altas dignidades eclesiásticas acudían a visitarle.

Un día llegó de improviso a verlo el Cardenal Arzobispo Alimonda para conocer su vasta escuela de Valdoco y luego vino a la mente del Cardenal la idea de cómo se costeaba aquel establecimiento.

—Y las finanzas, ¿cómo van, Don Bosco?, le preguntó.

—¡Oh!, respondió Don Bosco. No faltan las cuentas; tengo aquí precisamente una de 30.000 liras que debo pagar hoy mismo; pero no tengo un centavo.

—¿Y qué hará Ud.?

—¿Qué haré? Esperar en la Providencia y aun creo que ella ya se ha preocupado del asunto. Hace pocos minutos que me llegó una carta certificada y algo debe haber adentro; allí está y aun no he tenido tiempo de abrirla.

El Cardenal manifestó deseos de que la abriera.

Se abrió. Contenía una donación remitida en una letra de Banco precisamente por 30.000 liras.

El Cardenal Alimonda, según cuenta él mismo, no pudo retener su emoción. Se quedó asombrado y estupefacto al ver patente que la mano de Dios bendecía la obra de su santo servidor.

El mismo gobierno miraba ya con simpatía la empresa. Un día se recibió en el Oratorio un pequeño paquete de billetes encerrados en un sobre en que había escrito de su puño y letra el rey Víctor Manuel, la siguiente indicación: "Para los pilluelos de Don Bosco".

Su recepción en París

En medio de todas sus actividades, Don Bosco se había dado tiempo para escribir varios textos de estudios y libros de piedad para sus alumnos y en un periódico que fundó escribía con frecuencia notables artículos de polémicas en defensa de la religión cuando se la atacaba.

Era ya anciano el Santo cuando cendiendo a repetidas instancias fué en 1883 a París para establecer una fundación salesiana. La estadía allí del gran taumaturgo del siglo XIX fué un acontecimiento público. Las grandes iglesias, en que predicaba u oficiaba la misa y las salas de reuniones a que acudía se hicieron materialmente estrechas para contener al público; en las calles y puertas de acceso hubo que formarle escolta para que pudiera penetrar.

El gran diario parisiense "El Fígaro" daba la siguiente nota de su visita:

"Cuarenta años ha un pobre sacerdote que no tenía un techo donde abrigarse, decía a sus huerfanitos:

—"Cantad, oh niños, cantad las alabanzas de Dios, en este lugar se levantará una iglesia donde vosotros seguiréis vuestros cánticos. ¡Pobre loco! habrían dicho los impíos. Pero hoy en aquel mismo lugar se levanta el gran Templo de María Auxiliadora; a su alrededor el Oratorio, y colegios no sólo en Italia, sino en Europa, en la América y en todo el mundo".

Víctor Hugo, movido de bien intencionada curiosidad hizo tres horas antesala para poder conversar con él.

Durante su estadía en París curó milagrosamente a un hijo moribundo del conocido político Portalis, quien narró públicamente el hecho con gran emoción.

A sus años no podía resistir el Santo tantas fatigas y emociones y regresó a Italia.

Sus últimos años

En Niza y Barcelona se le habían hecho recibimientos análogos.

Su último viaje fué a Milán en Diciembre de 1886. Estaba ya muy ago-

biado por los achaques; pero era un soldado valiente que quería morir con las armas en la mano.

Allí se repitieron las escenas de París. Toda la gran ciudad se dió cita a las puertas y a las naves de la Iglesia de la Madonna para tener siquiera la dicha de verle, ya que a sus años no era posible oír su palabra.

Don Bosco se presentó sostenido de un brazo por el Arzobispo de Milán y del otro por el célebre historiador César Cantú que quiso para sí este incomparable honor.

El pueblo le aclamaba como Santo y le pedía su bendición.

Trece meses después murió en Turín rodeado de los eclesiásticos de su Congregación, educados todos bajo su dirección, y entre los cuales se contaba el Obispo Cagliari organizador de las importantes misiones de la Patagonia y fundador de casas salesianas en Sud América.

Francesco Olguati

de la Universidad de Milán

CARLOS MARX

Ha dado tanto que hablar el cañón de larga distancia, usado por vez primera por los alemanes en Marzo de 1918 contra París, y que disparaba hasta más allá de 100 km.

Ese cañón me recuerda el método seguido por muchos enemigos de Marx en su ofensiva con-

tra la concepción colectiva, cuando lanzan sus proyectiles lejos, muy lejos, hacia el futuro orden social, y demuestran la imposibilidad práctica del socialismo.

Es un método de crítica, fácil y brillante, tanto más si se examinan las descripciones maravillosas del porvenir, debidas a la pluma audaz de Bebel y de Liebknecht, o bien si se busca en la prensa del partido socialista algún artículo sabroso, en el cual se discuten hasta en sus menores detalles los acontecimientos del soñado mañana, y con aire de impresionante seriedad se trata de resolver hasta el problema de la distribución del champagne.

Pero, aún contentándonos con los panoramas trazados con reservada prudencia por Carlos Marx, hay bastante tema para divertirse.

Según Marx, todos los medios de producción (tierras, fábricas, máquinas, materias primas, etc.) serán socializados; mientras existirá siempre la propiedad privada de los bienes de consumo. La distinción, fácil, teóricamente, es difícilísima en la práctica; y Leroy Beaulieu, en su volumen sobre la Colectividad, ha demostrado que la mayoría de las cosas se pueden clasificar tanto entre los bienes productivos como entre los de consumo. Por

Este trabajo no es una biografía del padre del socialismo moderno, ni una exposición a fondo de su doctrina; es tan sólo un breve resumen y juicio crítico de las líneas fundamentales de su sistema tal como aparece al través de sus obras y que consideramos indispensable para formarse una opinión serena y exacta del pensador alemán.

Quien desee conocer a fondo la vida, el pensamiento el alma del padre del socialismo científico puede estudiarlo en la obra del mismo autor de estas líneas—"Carlos Marx"—de donde ha sido entresacado este resumen.

Creemos sinceramente que una exposición clara y sencilla de un sistema es la mejor manera de apreciar tanto los defectos como las bondades que contiene. Los lectores formarán su juicio.

En cuanto a nosotros, creemos hacer obra de verdadera cultura al ayudar a conocer serenamente una de las más discutidas personalidades y uno de los más apasionantes sistemas de nuestra edad.

ejemplo: el hilo de coser es un objeto de uso inmediato, pero puede también servir para hacer ropa y entonces se convierte en un medio de producción.

Un grano de trigo puede ser un artículo de consumo pero si se siembra se convertirá en un bien productivo.

Constituirá, pues una grande y grave empresa esta distinción, por otra parte necesaria; pero una empresa mayor aún y ni siquiera comparable con los trabajos de Hércules, será la determinación de la cantidad necesaria, es decir, la medida de la producción que se deberá obtener. Habrá que hacer estadísticas, medir las necesidades de cada uno, juzgar si estas son razonables o no, resolver los enredos y dificultades que se suscitarán, tener un número inmenso e ilimitado de empleados que no repitan los desastres de la actual burocracia gubernativa, contar con el aumento de la población, etc...

Hecho esto, habrá que organizar el trabajo. Aquí se presentan varias preguntas difíciles. ¿Quién destinará al individuo a la agricultura, a la industria, a las minas o a los transportes? ¿Se dejará la elección al gusto individual? ¿No sería entonces probable que nadie quisiera hacer los trabajos pasados? ¿Será en cambio necesario oponerse, a veces a las tendencias y a los deseos de los individuos, para organizar las cosas y evitar la anarquía de la producción? ¿Y quién decidirá todo esto? ¿No se correrá el peligro de tener que soportar reglamentos de cuartel con los consabidos cabos y sargentos, aunque es-

tos últimos deban ser elegidos de tanto en tanto con elecciones más o menos analfabetas? Y después, en la segunda fase de la vida comunista, cuando a cada uno se le dará según sus necesidades—cesando el aliciente del trabajo personal y de la necesidad de vivir su vida—¿no sucederá que muchos, ya seguros de tener todo lo que desean, en lugar de organizar una Cámara del trabajo, formen más bien una Cámara de la pereza?

¿No se repetirán las revoluciones que hubo en las sastrerías Blanc y en ciertos consorcios comunistas de Norte América, que nacieron, crecieron y fracasaron? ¿Y cómo se dividirán los productos del trabajo? ¿Será realmente suficientes para todos? ¿Con qué criterio será recompensado el trabajo durante el primer período de la nueva sociedad? ¿Según las horas de trabajo? Y entonces ¿se pagará una hora de trabajo de Guillermo Marconi como la de un cargador?

Los problemas van multiplicándose si del trabajo pasamos a la cuestión de la vivienda.

Nadie en Milán querrá vivir en la calle Scaldazola; todos aspirarán a un departamento en el Palacio Real. ¿Qué habrá que hacer? ¿Destruiremos las casas para construir las nuevamente todas iguales? O bien ¿recurriremos a echarlas a la suerte?

Y las preguntas se suceden a las preguntas: los inconvenientes de las municipalizaciones y de las estadísticas, la existencia en el porvenir de quien deberá mandar y de quien deberá obedecer; los incidentes de las luchas electorales para la conquista del derecho a la cosa pública; la mayor o menor conciencia de los elegidos; el peligro que por la socialización de los medios de producción se acabe el aliciente al progreso y al perfeccionamiento de las máquinas; y sobre todo la poca simpatía por la familia de mañana, a base de amor libre y con los hijos educados por el Estado; estos y muchos otros proyectiles son disparados por el gigantesco ca-

ñón y producen en algunos temor y en otros hilaridad.

Yo estoy bien lejos de pensar que estas observaciones pasen desapercibidas a los socialistas. Como decía Cathrein (*) hay que ser loco para destruir la casa de hoy sin saber cómo será la de mañana. De todos modos no me atrevo a hacer una crítica sobre Marx en este terreno, por varios motivos.

Primeramente, si Marx tuviese realmente razón; si el actual régimen capitalista, "por una fatal necesidad", como la que preside los fenómenos de la naturaleza, tuviese que fundirse en la sociedad comunista, ¿para qué criticar esta última? Los hechos se soportan por fuerza. Suponiendo que los inconvenientes no faltaran ¿quién pensaría protestar contra la necesidad? ¿De qué sirve la crítica indignada contra un terremoto, un eclipse, un fenómeno físico?

En segundo lugar, Marx podría contestar, "en el porvenir, aunque las cosas sean malas, serán siempre menos malas que en el presente, porque a diferencia de la sociedad capitalista, en la cual se aprovechan del obrero, éste recibirá mañana su pago merecido, sin que el vampiro le chupe la sangre".

Podría observársele a Carlos Marx que no basta pensar en una repartición equitativa de los bienes de trabajo, sino que es necesario que el socialismo dé una producción abundante, porque si disminuyera la intensidad productiva, habiendo poco que compartir, le tocaría poquísimo a cada uno. "Ahora bien hoy día esta intensidad de producción está encomendada al aliciente del interés individual, a un aliciente egoísta; el socialismo destruye este aliciente del interés individual, a un aliciente egoísta, pues, que sea sustituido por otro, y este no puede ser sino un aliciente altruista. El socialismo tiene que darnos

* Para quien desee conocer a fondo la doctrina de Marx recomendamos la célebre obra de Cathrein, "El Socialismo", traducida al español.

hombres que trabajen para los demás, para la sociedad, tan intensamente como ahora lo hacen para sí. Para la sociedad, he dicho, ya que es ahí donde afluirán los productos del trabajo social, para volver, es verdad, a los individuos, pero en forma indirecta, que por lo mismo es para el egoísmo humano un aliciente mucho menos eficaz". Estos hombres hoy día **no existen**: "observad con qué diversa diligencia se trabaja en una oficina de Estado y en un banco privado". (*)

Pero también a esta dificultad, Carlos Marx contesta con una consideración que no me aconseja este plan de combate. Los lectores dirán que es una utopía, pero por esta misma razón las palabras de Marx son irrefutables y no se pueden ni siquiera discutir.

Supongamos una sociedad futura donde abunde todo lo que se pueda desear, y en la cual no sólo se pueda asistir a la multiplicación de los panes, sino aún a la de la mantequilla; supongamos que estén en un error los que de acuerdo conmigo sostienen que a pesar de la socialización de los medios de producción, el hombre no se convertirá en un ángel, sino seguirá siendo hombre, con sus inclinaciones al bien y al mal, y por lo tanto a la pereza, a las pasiones, a los vicios; supongamos que con el cambio de las condiciones económicas todos los individuos se vuelvan desinteresados, amantes del trabajo, deseosos de sacrificarse por los demás, en este caso todas las objeciones caen: el socialismo sería posible, estaríamos en el mejor de los mundos. Y esto precisamente es lo que sostiene Carlos Marx.

En nombre del materialismo histórico enseña que, cambiando la forma de producción, el hombre cambia en "conciencia". A Proudhon que afirma la necesidad de la competencia, y que excluye de la discusión a quien ose poner la hipótesis de una transformación de nuestra naturaleza, Marx contesta: "El señor Proudhon ignora

que la historia entera no es sino una continua transformación de la naturaleza humana". El, además, está convencido que en el futuro el trabajo será "la primera necesidad de la vida", que desaparecerá hasta "el contraste del trabajo espiritual y corporal", que crecerán "las fuerzas productivas, y todas las fuentes de las riquezas sociales correrán abundantemente".

Cuando una persona está convencida de esto, no puede ser tocada por el gigantesco cañón, del cual hablábamos.

Será pues, mejor examinar los esfuerzos de la crítica a propósito de lo que Engels llama "los dos descubrimientos de Marx" y que son realmente las bases de su sistema, es decir el materialismo histórico y la teoría del "plus valor". El que acepta estas dos doctrinas es un marxista; sin ellas Marx no es ya Marx.

Aquel que desee destruir estos dos puntos fundamentales, estos dos principios inspiradores, hace la crítica del marxismo en el verdadero sentido de la palabra.

II

LAS INTERPRETACIONES DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Aquí empiezan las lamentaciones. Pues, para principiar por la interpretación de la concepción materialista de la historia, todos saben que los discípulos de Marx, se entienden entre ellos como el perro y el gato.

Los marxistas ortodoxos atribuyen al maestro la idea que el factor económico explica toda la historia, ya que éste es la causa generadora de todas las formas judiciales, políticas, filosóficas, éticas, religiosas, artísticas.

Augusto Rabel, en su conocidísima obra: *Die Frau*, repite continuamente: "El hombre no domina la propiedad, pero es dominado por ella"; él nos asegura que "para todos lados, se oye este grito: "Yo enseño a creer en diez mil dioses o en diez mil demonios, si es necesario,

* Giovanni Semeria—L'eredità del secolo.

con tal de encontrar un puesto que me dé para vivir"; y sostiene que la forma actual del matrimonio, las leyes de la moral y los delitos no son otra cosa que los productos de la presente economía.

Paul Lafargue, el yerno de Marx, habla y repite el mismo concepto en su libro: "El materialismo económico de Carlos Marx"; y en su "Recherche sur l'origine de l'idée de justice et de l'idée du bien" deriva de la producción mercantil hasta la moral de Sócrates y de Platón; y en la monografía que dedicó a Tommaso Campanella y que forma parte de *Geschichte des socialismus in Einzel-Darstellungen*, tiene el valor de escribir que el "panteísmo y la transigración de las almas a la Kabbala no son sino expresiones metafísicas del valor de las mercaderías y del cambio".

Filippo Turati, en su *Crítica Social*, siempre confirmó la misma concepción: y a sus jóvenes compañeros, que, como Tullio Colucci, se quejan porque "el socialismo se ha apagado en la acción utilitaria" y se ha convertido en "una agencia de asuntos proletarios" mientras ya no tiene "el fuego sagrado del ideal" ni "ese soplo de vida espiritual y esa fuerza de expansión moral que parece haber perdido", contesta que el ideal "es un espejismo fantástico" y que lo que interesa saber no es si "el partido se ha vuelto la agencia de los asuntos del proletariado" sino si "ha hecho buenos o malos negocios".

Karl Kautsky, es del mismo parecer, como se puede ver en sus polémicas con Eduardo Bernstein, publicadas en él *Vorwärts* y en la revista *Die neue Zeit* y recogidas después en el volumen "Bernstein und das social-democratische Programmen".

Y sin hablar inútilmente de otros socialistas extranjeros, tomamos el trabajo de un socialista italiano: "Socialismo y ciencia positiva", de Enrique Ferri, escrito en una época en que se le saludaba como el astro y el cerebro pensador de los tra-

bajadores rojos. En la pág. 156, Ferri dice que para él y Marx, "el fenómeno económico es la base y la condición de cualquier otra manifestación humana y social: y que la moral, el derecho y la política, no son sino factores derivados del fenómeno económico, según las condiciones de cada pueblo en cada fase de la historia y en cada región de la tierra". "Con esta ley marxista, se explican positivamente todos los fenómenos, de los más pequeños a los más grandiosos de la vida social...

"Esa es realmente la teoría sociológica más positiva, más fecunda, más genial que se ha presentado, y para la cual, la historia social, en sus dramas más grandiosos, como la historia personal, en sus menores episodios, reciben una explicación positiva, filosófica, experimental". Seguramente; cada acto nuestro individual es el producto necesario y determinado de la utilidad económica; y Enrique Ferri, está tan convencido, que vuelve a repetirlo: "Las condiciones económicas son la base que determina cualquier otra manifestación moral, jurídica, política, en la existencia humana, individual y social. He aquí la genial teoría marxista, positiva y científica como ninguna que no teme objeciones, apoyada como está por las más puras investigaciones de la geología, y de la biología, de la psicología y de la sociología"... Por lo tanto, "es evidente que cada grupo social, como cada individuo, será llevado a obrar según su utilidad económica".

Según todos estos socialistas, la concepción materialista de la historia para Carlos Marx está íntimamente ligada con una filosofía materialista o positivista y con una determinación histórica rigurosa. Ellos observan que si Marx hubiese dejado un lugarcito a la libertad y no hubiese mirado toda forma ideológica como un producto necesario y una super-estructura necesaria de la economía, no habría podido prever con certidumbre científica — tomando en cuenta la ley de evolución eco-

nómica — el advenimiento fatal del colectivismo.

Pero hay muchos otros estudiosos socialistas, los cuales — como dice Rodolfo Mandolfo en su preciable volumen: “El materialismo histórico de Federico Engels” — protestan contra los “disfraces grotescos y las vulgarizaciones banales estilo Lafarque”.

Y Mondolfo combate la opinión expuesta, analizando las obras de Engels, quien, si en muchos pasajes de sus libros parece dar la razón a Bebel, Kautsky y compañeros, en otros suscita en quien lo lee dudas atroces sobre la exactitud de esta interpretación. Bastaría citar las dos cartas publicadas en el *Socialistische Akademiker* en 1895, en los *Anales Engels*; dice: “No es que la situación económica sea causada puramente activa, y que todo el resto sea efecto positivo. Pero es un efecto variable, sobre la base de la necesidad que en última instancia prevalece... En el momento, que es en última instancia decisivo en la historia, es la producción y reproducción de la vida material. Si alguien ha tergiversado el sentido de manera que el momento económico es el solo decisivo, esta persona ha convertido esta proposición en una frase abstracta, absurda, que no dice nada”.

Es lo que enseña también Antonio Labriola en sus tres famosos: *Ensayos alrededor de la concepción materialista de la historia*.

Labriola no abrigaba simpatías ni para Comte “degenerador reaccionario del genial Saint Simón, ni para Spencer quinta esencia de la burguesía anémicamente anárquica” y mucho menos hacia Haeckel y para “esa discusión” que era sencillamente “un qui pro quo”. Cuando sin ir más lejos, un socialista, un tal Bella, lo criticó por sus adversiones, en una carta a Felipe Turati — aparecida en la *Crítica Social* de Junio de 1897 — sin cumplimientos escribió: “¿Qué desea de mí De Bella? ¿Qué como joven seminarista vuelva yo al colegio? ¿O bien que me rebautice Darwin, me reconfirme Spencer

y recite después la confesión general delante de los compañeros”?

El pues, no formando parte de los positivistas ni de los materialistas, se ríe de aquellos que atribuyen al materialismo histórico la idea de “extender a la explicación de toda la historia el sólo factor económico” y de “explicar todo el hombre con el sólo cálculo de los intereses materiales; negando todo valor a cualquier interés ideal”. No se trata de descubrir y de determinar el terreno social únicamente, para después hacer aparecer sobre este a los hombres como títeres cuyos hilos no serán ya movidos por la providencia sino por las categorías económicas... ¡Qué fiesta y qué alegría sería esta para todos los indolentes, al haber resumido en unas pocas frases todo el saber, para después abrir todos los secretos de la vida con una sola llave. Todos los problemas de la ética y de la filosofía, reducidos a uno solo sin tantos rompecabezas! Y de este modo los simples y tontos podrían reducir todo a la aritmética comercial; y por último una nueva interpretación auténtica de Dante podría darnos la *Divina Comedia* ilustrada con las cuentas de pedazos de paño que los astutos mercaderes florentinos vendían con tanto provecho para ellos!” Pero entonces ¿cómo deberá ser interpretado el materialismo histórico de Marx?

El mérito de Marx, contesta Labriola, consiste en haber visto “en el curso presente de las cosas humanas, una necesidad, que sobrepasa toda nuestra simpatía y nuestro asentimiento”. La sociedad está “ahora constituída de tal manera en los países más progresistas, que deberá terminar en el comunismo por las leyes inminentes de su destino, dada su actual estructura económica, y dadas las atricciones que ésta por si misma necesariamente produce”. Marx pudo hacer esto porque “en última instancia cada hecho histórico se explica por su estructura económica”.

Antes de él, se ilustraba y se explicaba la historia con la envidia de los Dioses, del padre Heródoto y con el ambiente del señor Taine o con la dirección providen-

cial de las cosas humanas, o con el destino o demás conceptos por el estilo. "Contraoponer, y enseguida sustituir, a este tal espejismo de ideas no críticas, a este ídolo de la imaginación, a estos giros del artificio literario, a estos convencionalismos, los sujetos reales, es decir las fuerzas positivamente operantes o sea los hombres en las variadas circunstancias sociales: he aquí la razón revolucionaria y la meta científica de la nueva doctrina, la cual da objeto y diremos naturaliza la explicación de los procesos históricos... Pero esta revelación de doctrina realística, no fué, ni quiere ser, la rebelión del hombre material contra el hombre ideal. Fué y es, en cambio, el encuentro de los verdaderos principios y móviles de todo desarrollo humano, comprendiendo todo lo que llamamos ideal, en determinadas condiciones, positivas de hecho, que tienen en sí la razón y la ley y el ritmo de su propio destino". "Aquí estamos en la concepción orgánica de la historia. Aquí está la totalidad y la misma que se halla resuelta por el flujo lento de la mente. Aquí está la economía mísera que se halla resuelta por el flujo de un proceso. No se trata en verdad de extender el así llamado factor económico, abstractamente aislado de todo el resto, como inventan los que hacen objeciones; se trata en cambio y ante todo de concebir históricamente la Economía, y de explicar los demás cambios por los suyos".

La doctrina pues del materialismo histórico no es otra cosa que: "un método de investigaciones y de concepciones", es un "hilo conductor" en el estudio de la historia, es "un medio preciso de orientación", un "ángulo visual determinado", porque esta es al mismo tiempo "una definitiva filosofía de la historia".

¿No se encuentran tal vez corroídas por una íntima contradicción estas explicaciones de la nueva doctrina? Si "en última instancia todo hecho histórico se explica por su estructura económica", la cual está tan necesaria y fatalmente orientada, que tendrá por fuerza inevitable que dar razón al comunismo; si la economía

aún para Labriola, determina en último análisis la historia de la humanidad, ¿no tienen entonces razón los marxistas ortodoxos al sostener que los hombres son títeres; movidos por las categorías económicas?

Para combatir eficazmente esta tesis, Eduardo Bernstein pensó que habría que tomar otro camino; es decir no subordinar la victoria del socialismo a su inminente necesidad económica y negar a la nueva doctrina su base materialista.

En sus polémicas con Kautsky, que pueden leerse en el volumen "Zur Theorie und Geschichte des Sozialismus", sobretudo en la tecrera parte, y en la otra obra conocidísima: "Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgabe der Sozialdemokratie", el famoso revisionista alemán insiste con energía sobre los dos puntos dichos.

Rechaza la idea de la fatal e inevitable llegada del socialismo por causas económicas; y no puede concebir de ningún modo "la inmanente necesidad económica". Si el socialismo es una necesidad histórica objetiva — llega a escribir — los esfuerzos de los partidos socialistas constituyen lo más superfluo que se pueda imaginar, un verdadero derroche de fuerzas. ¿Pero quién puede probar esta necesidad objetiva? Nadie.

Y Bernstein admite esto, porque él no cree "ni posible ni necesario dar al socialismo una justificación puramente materialista". Mientras el materialismo filosófico o fisiológico es determinista, la concepción histórica marxista no lo es, y esta no atribuye a las bases económicas de la existencia de un pueblo una influencia determinante e incondicional sobre las formas de esta existencia". Ciertamente "la voluntad humana no es nunca una cosa absolutamente individual o subjetiva; depende de muchas condiciones fisiológicas, históricas o sociales. La influencia del ambiente es cosa admitida por todo hombre razonable. El ambiente, las condiciones sociales y naturales forman la base objetiva de la voluntad subjetiva. Pero esta base

objetiva no es una cosa puramente material. Las concepciones de moral o de derecho, las creencias religiosas, las teorías científicas tienen una gran influencia. Y cualquiera que sea su genealogía y sus relaciones con los factores económicos y esto a menudo de manera muy enérgica y con resultados considerables...".

Está bien, se dirá, esta interpretación antideeterminista y antimaterialista; pero ella está en oposición con toda la filosofía de Marx, y en un estridente contraste con la previsión segura del futuro comunismo.

Bernstein no se inquieta por esto. Primeramente, observa, de los primeros artículos de Marx y Engels a los posteriores, ha habido una notable evolución, porque en estos últimos sería inútil buscar términos brutales. El materialismo histórico "según las explicaciones de Engels, no es más puramente materialista y menos aún puramente económico. Yo no niego que el nombre y a cosa no se adapten perfectamente" y preferiría hablar — añade — de concepción económica de la historia, esta fórmula no significa "que únicamente las fuerzas económicas y sus impulsos económicos son reconocidos, sino quiere decir que la economía es siempre el factor determinante supremo y el punto de partida de todos los grandes movimientos históricos".

Estas últimas expresiones extrañan en labios de Bernstein. Tal vez es mejor proclamar abiertamente también sobre este punto que "el marxismo no es una doctrina inmutable y definitiva" y que la aserción de la necesidad histórica del colectivismo es otro de los teoremas de Marx que están en crisis.

* *

Más audaz que Bernstein fué Georges Sorel.

En un prefacio suyo para la traducción francesa de los ensayos de Labriola, leemos lo siguiente: "Se dice que según Marx todos los fenómenos políticos, morales,

estéticos, son determinados, en el sentido preciso de la palabra, por los fenómenos económicos. ¿Qué podría significar esta fórmula? Decir que una cosa es determinada por otra, sin dar, al mismo tiempo, una idea precisa del modo de unión, es una de esas tonteras que han puesto tan en ridículo los vulgarizadores del materialismo vulgar. Marx no es absolutamente responsable de esta caricatura de su materialismo histórico. Pero de que todas las manifestaciones sociológicas tienen necesidad, para su esclarecimiento, de ser puestas sobre sus bases económicas, no resulta que el conocimiento del sostén implica el conocimiento de la cosa sostenida. Las mediaciones que existen entre la estructura económica y los productos superiores son muy variables y no pueden traducirse en ninguna fórmula general. No se puede pues hablar de determinismo, pues no hay nada determinable".

Así también, añade Sorel, la concepción de Marx no es fatalista. "Una lectura superficial del Capital basta para demostrar que Marx no había pensado nunca en esta apocalipsis evolucionista, que se le atribuye tan generosamente. El determinismo supone que los cambios están unidos entre ellos de una manera automática, que los fenómenos simultáneos forman un block que tiene una estructura obligada, que hay leyes de bronce que aseguran entre todas las cosas una necesidad de orden. No hay nada parecido en la doctrina de Marx: los acontecimientos son considerados bajo un punto de vista empírico; de su mezcla surge la ley histórica, ella define su modo temporáneo de generación. No se exige en absoluto reconocer en el sistema social un sistema análogo al astronómico; se pide solamente reconocer que el cruce de las causas produce períodos bastante regulares y bastante caracterizados, para poderse convertir en el objeto de un conocimiento racional de hecho".

Tales ideas se repiten en los escritos de

Sorel, en sus "Réflexions sur la violence" en sus numerosos artículos, algunos de los cuales fueron recogidos por Vittorio Rocca, bajo el título de "Ensayos de crítica del Marxismo". En este volumen el padre del sindicalismo francés dice: "Leyendo las obras de los socialistas demócratas, sorprende la seguridad con que disponen del porvenir; ellos saben que el mundo camina hacia una revolución inevitable, de la cual conocen las consecuencias generales". "Cuando hablaba de una necesidad económica inminente, Marx no pretendía formular una ley en el sentido exacto de la palabra, daba solamente un consejo que pusiera a los revolucionarios en guardia contra las ilusiones de la revolución concebida según la moda antigua; él anunció al principio la necesidad de una preparación económica y enseñaba que la emancipación del proletariado depende de circunstancias que están fuera de nuestra voluntad, de condiciones que resultan del desarrollo industrial. Para expresar esta regla restrictiva, para actuar sobre las convicciones de un modo eficaz, Marx dá a su consejo la forma de una ley absoluta que gobierna la historia. No había ningún inconveniente al expresarse de un modo absoluto sobre este sujeto, porque los consejos de prudencia son raramente seguidos al pie de la letra. Marx mismo más de una vez se dejó llevar por esperanzas quiméricas. El lenguaje vago y discutible que no habría sido conveniente para una ley científica, convenía perfectamente para un consejo".

En fin, Georges Sorel no quiere que se "tomen al pie de la letra las fórmulas marxista"; indica la "parte venerable de al doctrina" porque "las tesis de Marx proveen útiles indicaciones para el lado histórico de las instituciones" y con Benedetto Croce no vé en la concepción materialista de la historia más que "un canon de búsquedas".

Benedetto Croce, a su vez, tiene sin duda el mérito de haber difundido una interpretación del materialismo histórico, que todos deben acoger: "Si el materialis-

mo histórico debe expresar alguna crítica aceptable, dice Croce en los ensayos bajo el título: "Materialismo histórico y economía marxista", eso no debe ser una nueva construcción a priori de filosofía de la historia, ni un nuevo método del pensamiento histórico; debe ser solamente un canon de interpretación histórica. Este canon aconseja poner atención al llamado abstracto económico de la sociedad, para comprender mejor las configuraciones y los sucesos de esta.

El concepto de "canon" no debería encontrar dificultad, especialmente cuando no se pierde de vista que eso no importa ninguna anticipación de resultados, sino solamente una ayuda para buscarlos; y es de origen completamente empírico. Cuando el crítico del texto de la Comedia dantesca aplica el conocido canon de Witte que dice: la lección difícil se prefiere a la fácil, sabe que posee un simple instrumento, que puede serle útil en muchos casos, inútil en otros, y cuyo uso recto dependa siempre de su criterio. De la misma manera y en el mismo sentido debe decirse que el materialismo histórico es un simple canon; aunque sea en realidad un canon de riquísima sugestión. Es una "suma de nuevos actos, de nuevas experiencias que entran en la conciencia de lo histórico".

En el materialismo histórico no hay que tomar las teorías en el sentido exacto de la palabra; y además no existe lo que se puede llamar precisamente una teoría. "No enseña, como muchos han creído, que la historia no es más que la historia económica, y todo lo demás una simple máscara; no es ni pretende ser una fórmula para explicar y entender todos los hechos históricos: no es una filosofía de la historia, no describe el plan de los acontecimientos futuros, que nadie puede conocer; no está conectado estrechamente y no puede dar ningún apoyo al socialismo ni a ninguna otra dirección práctica de la vida. Es simplemente un canon útil para entender la historia nada más. Por eso no es materialista, ni espiritualista, ni

dualista, ni monista: un procedimiento de interpretación no tiene nada que hacer con una concepción determinada de la vida y del mundo.

Por ejemplo: "la historia de la génesis de las verdades intelectuales está también iluminada por el materialismo histórico, que tiende a demostrar la eficacia de las condiciones de hecho sobre los descubrimientos y sobre el desarrollo mismo de la intelectualidad humana. La historia tanto de las opiniones como de la ciencia, en gran parte debe rehacerse bajo este aspecto, y se principia a tener ensayos notables. Pero los que, por tales condiciones de génesis histórica, vuelven triunfalmente al viejo relativismo y ecepticismo, confunden dos órdenes de cosas muy distintas. La geometría nació ciertamente en condiciones dadas que no importa determinar; pero no por esto las verdades geométricas son una cosa puramente histórica y relativa". Aún resuelta la cuestión del origen queda la cuestión del valor.

Causa de muchos malentendidos es la denominación materialismo histórico, que no tiene razón de ser en el caso presente y por el contrario sirve de juego a los adversarios. Benedetto Croce prefiere hablar de concepción realista de la historia.

Pero era así que Marx y Engels entendían su "descubrimiento?"

Yo pienso que el mismo Croce está persuadido que si su interpretación es "teóricamente aceptable" es "históricamente poco genuina".

He aquí los esfuerzos que hay que hacer para salvar la reputación de Marx como pensador.

Por otra parte — y muy rara vez se habla de ello — la culpa de una tal discusión de ideas hay que atribuirlo al pensamiento filosófico del agitador y a su filosofía de la praxis.

Carlos Marx conceptúa la realidad materialísticamente, no como materia inerte, movida mecánicamente, sino como materia que era actividad, acción, y por lo tanto, histórica. Un absurdo como éste ningún filósofo lo ha recogido después; una materia que es actividad es algo así como un círculo cuadrado.

Algunos se aferraron al materialismo de Marx, lo desarrollaron y de este punto de vista, olvidando el desprecio de Marx por el materialismo mecánico y por el positivismo contrario, interpretaron la concepción materialista de la historia. Otros volvieron sus miradas a la praxis, a la acción, a la actividad; introdujeron pues la libertad, y llegaron con Bernstein y Sorel a la conclusión antimarxista que el futuro no se alcanzará con la fatalidad de los fenómenos de la naturaleza, sino que debe ser conquistado por el libre esfuerzo. Ellos han traicionado, no traducido, Marx; pero tienen el mérito de haber recogido el alma de verdad de su teoría indicando en el materialismo histórico — o más bien en la concepción realista de la historia — un utilísimo, pero nó único, canon de búsquedas e interpretaciones.

Hoy después de Marx sería digno de fusilamiento quien estudiase la historia sin tomar en cuenta las condiciones económicas, y de esta situación de hecho no se puede prescindir, si no queremos llenarnos de vana palabrería; pero si se quiere sostener que la flor de la acción es igual al terreno, recordamos que también el Capital, como se ha visto en el epistolario de Marx, nació y tuvo su origen en medio de las botellas de vino mandadas por Engels; su valor probablemente no depende de ellas. Así en el futuro, en un mejor medio social, el acto moral surgirá sobre una situación de hecho diferente de la presente; pero quedará libre y moral.

El problema de origen del mundo será discutido por hombres en condiciones económicas diversas de las nuestras; pero el valor de la solución será independiente de ellas. Que si Marx no está convencido de ello, si, por ejemplo cree que la religión no es otra cosa que la proyección de la necesidad económica, peor para él; la filosofía contemporánea, de James a Bergson, de Royce a Croce, de Eucken a Balfour, no apoyaría esta tesis. En cuestión de religión, Marx, que a pesar de todo tenía un fuerte ingenio, siempre demostró una mentalidad de cucaracha, que no merece discusión, sino más bien compasión.

(Continuará).

Raymond de Becker

Las Bases Espirituales de un Orden Nuevo

Un orden es un conjunto de instituciones que nacen de un principio único y realizan un justo equilibrio entre las aspiraciones individuales y las necesidades de la vida común.

En este sentido podemos decir que nuestras sociedades occidentales no han conocido sino un solo orden: la Edad Media.

Sin duda, no podemos considerar perfecta la civilización medioeval, caracterizada como ha sido por muchas injusticias y deficiencias. Es la suerte de toda obra humana. Pero, nadie podrá negar, que llevó impreso el sello de la **unidad**, carácter primordial de todo orden verdadero.

“La vida de la humanidad occidental, escribe Waldo Franck, considerada como cuerpo orgánico, alcanza su plenitud en lo que llamamos la Edad Media. Ayudados por una cruel y vigorosa selección, el pensamiento y la forma del mundo mediterráneo concluyeron por constituir un todo del cual participaba cada individuo. Aristóteles, Platón, Plotino, los Profetas, los Padres de la Iglesia, los caballeros y los monjes, fueron los constructores de ese gran todo que abarcaba la vida de todos los hombres. El Papa Gregorio VII, que proclama la soberanía unitaria de Roma, le da una lógica y una conciencia; Dante, Wolfram y Petrarca cantan su himno culminante; su esplendor es inmortal porque fué esa la primera tentativa consciente de la humanidad occidental para fundir en un todo la idea colectiva y la idea individual.” (1).

Desde la Edad Media hasta nosotros, el occidente parece haber pretendido en muchas ocasiones reconstituir un “orden”. El Renacimiento y la Reforma, la Revolución francesa y el Parlamentarismo, han sido las tentativas hechas por la Europa con este objeto; pero unas y otras han tenido sólo una influencia parcial sobre el hombre y la sociedad; de modo que, hasta nuestros días, o por lo menos hasta los días en que estalló la Gran Guerra, el hombre occidental ha vivido por tradición sobre un cierto número de ideas y un cierto número de instituciones, últimos vestigios del “todo” medioeval, unas y otras en contradicción con las ideas nuevas y las instituciones nuevas nacidas de las grandes corrientes del pensamiento que han agitado la Europa desde el siglo XVI.

La contradicción interna de la sociedad occidental ha terminado por el drama trágico de la Gran Guerra y de la crisis que ha sido su corolario y que parecen poner punto final a la civilización (si podemos llamar civilización a este estado desordenado de cosas) nacida de la Edad Media y en rebelión contra ella.

La juventud de hoy día no se siente amarrada como sus antepasados a la forma de una sociedad en descomposición. La gran guerra, en cierto modo, destruyó violentamente bajo sus pies los fundamentos de la tradición; su visión del mundo es nueva y nada escapa a su crítica.

Maritain lo expresa admirablemente en su “Primacía de lo Espiritual”:

(1) Nuevo descubrimiento de la América, pag. 27.

“Toda la dulzura y la belleza, las formas y los valores, las imágenes misma de las cuales vivieron nuestros antepasados, que les hacían la naturaleza fraternal y el universo familiar, y que prepararon en ellos nuestra generación, aparecen de pronto ante nuestros ojos como algo muy lejano, separado, digno de admiración y de respeto, sin duda, pero inmovilizado en lo que ya no existe. La juventud de hoy día se pasea dentro de su propia humanidad como en una sala de museo, viendo su corazón en las vitrinas.”

Poco importa el color filosófico o político con el cual se presenta actualmente la juventud. Toda la juventud está proyectada hacia el futuro; reniega del pasado, pide de lo nuevo, sin saber ella misma qué sera, sin conocer siquiera las bases que ella le podrá dar.

Entre los mismo jóvenes católicos, entre aquellos que han redescubierto el valor esencial de los principios cristianos, entre aquellos que ha formado la Acción Católica, se puede constatar también la misma mentalidad.

Por eso algunos jóvenes intelectuales sienten más la dualidad íntima entre su personalidad y la vida moderna. Tienen la sensación dolorosa de que el trabajo que realizan en los bancos, en la industria o en el gran comercio es inútil y hasta inhumano. Se dan cuenta perfecta que no es su misión de hombres el alinear cifras, el sacar cuentas y el vender o comprar mercaderías. Pero, a pesar de esta sensación, no imaginan aún qué podrían realizar en cambio.

En la juventud católica de hoy día existe una mentalidad de “espera”, una especie de sentimiento mesiánico. Se espera otra cosa, se espera algo nuevo, se espera una era de bienestar. Pero no se sabe qué será lo nuevo, cuáles las características de esta era. Tal sentimiento es a veces más consciente en algunos grupos de jóvenes intelectuales. Estos se dan perfectamente cuenta que en relación con las ideas actuales, son unos fracasados, que no alcanzarán jamás a “arribar” como los otros y que no tendrán más esperanza que una perspectiva revolucionaria.

En ellos se aprecia más que en la masa este sentimiento de “espera”: tienen claramente la impresión que lo que hacen — hasta su acción intelectual — no es el trabajo que se les exige, que eso no es más que una preparación para el día nuevo en que la humanidad se volverá hacia ellos, en que la humanidad tendrá necesidad de ellos, los reconocerá como los valores reales, las superioridades efectivas, y mientras tanto actuarán con toda la fuerza de su individualidad en un mundo que será suyo, en un mundo que pondrán impregnar de su ideal, en que las ideas religiosas y morales tendrán la primacía.

Movimientos como el fascismo, el hitlerismo, el comunismo, son, ante todo, manifestaciones de una posición sentimental idéntica. Gran error es la creencia de los mayores de imaginar que estos movimientos y estos partidos son de idéntica naturaleza que los que les pudo entusiasmar en la juventud. Se trata en realidad de movimientos o de partidos que no pueden adaptarse al mecanismo actual, que estiman en descomposición, sino que desean adueñarse de todos los aspectos de la vida, reconstruir la unidad del hombre y edificar un orden nuevo.

Que los filósofos llamen esta tendencia o esta voluntad sed de lo absoluto, sentido de la totalidad, poco importa; la juventud quiere el orden y eso es todo.

El peligro está precisamente en la exasperación de los jóvenes, en su deseo de obrar rápidamente. Por eso es que ellos no se dan el trabajo de examinar si los programas que se les presentan pueden realmente satisfacer al hombre; les dan su adhesión entusiasta con sólo el hecho que presenten una apariencia de totalitarismo. Es esto lo que explica el éxito del hitlerismo, cuya unidad, sin embargo, no es sino verbal.

Si queremos llegar a realizar una civilización verdaderamente humana es necesario que actualmente no nos dejemos arrastrar por la corriente sentimental que actúa sobre las generaciones de otros países, sino que es preciso canalizar esta corriente, ponerla al servicio de un programa equilibrado, de auténtica base totalitaria y cuyas ideas esenciales habrán nacido del examen de las causas de disgregación que originaron el fracaso de nuestra civilización.

Individualismo y Colectivismo.

Es incontestable que la base de la sociedad burguesa que muere hoy día es el individualismo. El individualismo es la tendencia a la emancipación **completa** del individuo; emancipación **completa**, es este último término el que nos da la idea exacta del verdadero individualismo. Diferentes manifestaciones humanas pueden revestir, en efecto, un aspecto individualista, sin serlo en el fondo, pero solamente por relación a una idea o a un sistema que no da al **hombre** los derechos que le pertenecen.

Así es como el cristiano nos aparece en la antigüedad como una explosión de individualismo, en el sentido de que buscaba librar al hombre del dominio totalitario que ejercía sobre él en esa época la sociedad civil. Pero, el verdadero individualismo no aparece en nuestra sociedad occidental sino mucho más tarde. Es el signo de la disgregación de la civilización medioeval. Esta disgregación se nos presenta generalmente como nacida en la Reforma; en realidad hay que buscarla más atrás.

Fué en el siglo XIV cuando el orden medioeval recibió el golpe que iba a decidir su ruina. La reyecía francesa, en la persona de Felipe el Hermoso, puede enorgullecerse de ser el origen de la crisis actual. Es cierto que sus sucesores lo pagaron bastante caro. La resurrección del código romano, su integración en el sistema político de la época, quitó a la Iglesia su influencia indirecta sobre la sociedad civil y de este modo fué destruída por primera vez la armonía del "todo" medioeval.

Esta experiencia individualista, cuyos autores creyeron poder contener en los límites que le habían fijado (la independencia de la realeza respecto de la Iglesia, el poder absoluto de la realeza sobre todas las clases sociales) fué el origen de todas las otras.

Es que por una lógica interna inexorable, el individualismo tiende al desmembramiento hasta llegar a la total aniquilación de todo "cuerpo" y a su completa atomización. Por un proceso de disgregación, extendiéndose de un pequeño grupo de hombres a grupos más numerosos, el individualismo de la reyecía pasó del dominio político al dominio religioso por la Reforma, cuyos fundadores no sospecharon que, colocando al hombre absolutamente solo ante la divinidad, el principio individualista podría llegar un día a volverse

contra sus conceptos religiosos y conducir al ateísmo, a la divinización de la personalidad humana.

La Reforma, o más bien, su espíritu, al servicio de la monarquía absoluta, tuvieron por resultado la Revolución francesa.

La burguesía se contagió. Del mismo modo que los reyes se habían aprovechado del individualismo por el absolutismo, la burguesía lo aprovechó por el parlamentarismo y el capitalismo que hicieron pasar el poder de las manos de algunos a las de una clase social. A su vez la burguesía trató de contener el individualismo en el límite de sus intereses: la independencia de la burguesía frente a la Iglesia, a la reyección, a la nobleza; el poder absoluto de la burguesía sobre las clases populares; quería el individualismo para ella pero lo rehusaba a los otros.

La fuerza interna del principio que había hecho su prosperidad, le trajo su decadencia. Por los abusos inherentes a su propia naturaleza, el liberalismo y el capitalismo dieron origen al socialismo que los combate y tiende a destruirlos.

El pueblo fué contagiado.

Vemos aparecer cada vez con más fuerza la autonegación del individualismo absoluto.

No hemos llegado al fin, todavía. Sus últimas consecuencias tienen la voluptuosidad de la ironía: de origen individualista, el socialismo niega el individualismo y constituye la primera etapa hacia el colectivismo.

El comunismo es el socialismo concebido por los lógicos. Es la forma perfecta del colectivismo y somete al hombre, no solo en su actividad política, social y económica, a las necesidades de una colectividad abstracta, sino aún en sus aspiraciones íntimas de orden espiritual y cultural.

De este modo el individualismo que quería crear un hombre libre, llega en realidad a la tiranía y al aniquilamiento del individuo.

Espiritualismo o Materialismo.

Aún no hemos tocado el fondo del problema. Sabemos que el individualismo absoluto preside la crisis de nuestra sociedad occidental; todo el mundo está más o menos de acuerdo sobre este punto hoy día. De tal manera se está de acuerdo que se cae en el exceso opuesto, al creer posible sanar nuestra civilización sirviéndole una medicina colectivista.

En realidad se trataría más bien de saber cuál es el origen mismo de este individualismo absoluto. Hay que reconocer desde luego, que en todas partes y en todas circunstancias va acompañado de un debilitamiento del pensamiento y de la vida religiosa. Esto se puede aplicar perfectamente a la sociedad medioeval y es igualmente cierto para la mayor parte de las sociedades antiguas.

Las de Egipto, Grecia, Roma y otras muchas entraron en decadencia en cuanto se produjo un divorcio entre el pensamiento religioso y la vida total del hombre. El problema de la unidad humana es, por lo tanto, un problema religioso. Podemos agregar que no hay orden posible sino cuando la cultura y las formas de la civilización están en armonía, es decir, o bien que la cul-

tura sea religiosa y las formas en función de esta cultura religiosa, o bien que la cultura sea materialista y las formas en función de ese materialismo.

La cuestión está en averiguar si la unidad materialista puede llegar a satisfacer al "hombre".

Hemos visto que el individualismo coincide con un debilitamiento de la vida religiosa. Hay pues contradicción entre ellos: en efecto, las religiones que se pretenden reveladas, como el catolicismo, afirman que el hombre es hecho para Dios y que por lo tanto, el hombre debe seguir el camino que Dios le indica para llegar a él. Estas pretensiones limitan necesariamente la independencia del individuo.

El colectivismo, por su parte, crea una entidad abstracta, el Estado, al cual el individuo está obligado a someterse en forma absoluta.

Es evidente que esta concepción no puede estar de acuerdo con las aspiraciones religiosas, sino más bien con el materialismo. Si aceptamos este último nos parece, sin embargo, que el individualismo absoluto es todavía más lógico. ¿A nombre de qué autoridad pretendemos someter al hombre al Estado si Dios no existe? El colectivismo, como podemos verlo, es necesariamente materialista, pero el materialismo no es necesariamente colectivista.

La posición materialista como la posición espiritualista suponen ambas un acto de fe que las precede.

La demostración especulativa de la posición espiritualista, de orden únicamente intelectual, no consigue, en efecto, convencer a la mayoría de los hombres, que reclaman una demostración capaz de satisfacer su ser en toda su integridad, en sus facultades las más diversas y en su sensibilidad. Es esta la razón por la cual la superioridad del espiritualismo se demuestra más fácilmente por la experiencia. El espiritualismo aplicado hace la vida perfectamente soportable al hombre.

El materialismo aplicado, conduce a catástrofes colectivas, si es la tendencia individualista la que triunfa, o a la asfixia de la personalidad humana, si es la tendencia colectivista la que predomina.

La crisis actual producida por los excesos liberales individualistas es la ilustración del primer caso, en tanto que la situación del individuo en la U. R. S. S. es un ejemplo notable del segundo. Es pueril, por lo tanto, buscar la causa de la crisis actual o su remedio en el individualismo o en el colectivismo. Se trata de ir más arriba, de referirse a los **estados humanos** que los preceden. "La crisis está en el hombre", escribe últimamente un autor francés, M. Thierry Maulnier, y con sólo esta frase indica la necesidad de un retorno a lo religioso y la creación de un orden nuevo que tenga su razón de ser en el **hombre**.

El equilibrio en el Catolicismo.

Entrar en el hombre es descubrir en él una tendencia egocéntrica. Es lo que podríamos llamar "deseo de perfección, deseo de lo absoluto, búsqueda de la felicidad, sed de amor, etc." Bajo etiquetas diferentes, ello indica que el hombre tiende a referir todas las cosas a sí mismo, a fin de encontrar la satisfacción en su perfección.

Esta tendencia es la que origina toda actividad humana. La diferencia

entre los hombres es que unos la conciben de una manera y otros de otra. A esta tendencia se opone la vida en sociedad, que coloca necesariamente límites al deseo egocéntrico de los hombres, que desearían satisfacerlo con perjuicio de sus semejantes.

Las reglas sociales, las instituciones sociales, necesarias a toda agrupación humana, son, pues, aceptadas de común acuerdo en vista de la protección que dispensan a los miembros que la componen y del provecho mutuo que se desprende del trabajo de cada uno de ellos. Es lo que Juan Jacobo Rousseau ha llamado "el Contrato social."

Si este último reporta ventajas considerables e inestimables al hombre (ventajas tan grandes que se ha llegado a decir con razón, que sin el Estado, que es la concretización más importante del hombre, estaríamos reducidos a la vida salvaje) no es menos cierto que impone una limitación a los apetitos humanos.

El hombre es, por lo demás, más inclinado a percibir el carácter negativo de las cosas que el positivo. De ahí una tendencia común a la mayor parte de los hombres a no encontrar satisfacción y goce sino fuera del marco, fuera de la vida social, fuera del **orden**.

La búsqueda de la felicidad se manifiesta por un distanciamiento de la comunidad.

El hombre está descontento cuanto tiene que hacer su servicio militar, pagar sus impuestos y contribuciones, llenar, de manera general, las obligaciones de la vida social; no goza del hecho que la sociedad ponga a su disposición líneas de tren, o de autobús, lo proteja con su policía, le haga el servicio de aseo, etc., etc.

No encuentra su felicidad sino cuando se escapa de esta vida común, cuando se encuentra en familia, cuando puede trabajar en las cosas que le agradan, cuando puede satisfacer sus deseos personales, es decir, cuando puede dar **libre curso a su fantasía**.

Lo que nos subleva y nos parece grotesco en la sociedad liberal y burguesa de hoy día, es que ella da demasiada libertad a la injusticia y no bastante para que la fantasía pueda desarrollarse.

La creación de un orden humano implica la organización de un sistema que moleste al hombre lo menos posible, protegiéndolo contra la injusticia, liberándolo para ocupaciones más nobles, más humanas, más espirituales.

Se trata, pues, de encontrar un equilibrio. Ni individualismo, ni colectivismo; el uno y el otro, en tanto que corresponden a una tendencia humana o una necesidad social, pueden, sin embargo, coexistir y armonizar en el Catolicismo.

El Catolicismo es individualista en cierto modo, ya que al establecer como fin supremo del hombre la unión "**personal**" con Dios, lo libera de la sujeción a la sociedad en la medida necesaria a su salvación.

Cuando los hombres se den cuenta que la religión católica, a pesar de toda su disciplina, es la expresión de la más formidable fantasía humana, entonces se harán todos católicos.

El Catolicismo es colectivista en el sentido de que al considerar de una manera realista el hecho de que el hombre viva en sociedad, estima indispen-

sable cierto factores que ordenan la vida social: familia, profesión, Estado.

Estos factores no están necesariamente ligados al Catolicismo. Los Padres de la Iglesia consideran, en efecto, que algunos de ellos constituyen solamente un mal menor, una necesidad para el estado de imperfección en el cual vive la mayoría de los hombres.

Es permitido suponer que sin el pecado original, la humanidad no habría conocido Estados; por lo menos no los habría conocido en la forma en que existen hoy día; y no podríamos concebir un Estado encargado de funciones policiales ejercitándose sobre cristianos perfectos. Aún el factor propiedad podemos considerar lógicamente que no existiría, siendo como es contrario a ese estado de libertad absoluta que reclama toda santidad.

Habiéndose cometido el pecado original, la Iglesia obliga a sus miembros a someterse a una organización social; pero ésta no existe sino en virtud del fin **personal** de cada hombre: su unión con Dios. Esta unión es la única realidad posible de liberación humana.

En contraposición con la civilización actual, basada sobre el individualismo y degenerada en mercantilismo y materialismo, el orden nuevo deberá tener una orientación netamente espiritual.

Un orden nuevo de base espiritualista ¿tendrá que ser necesariamente un orden católico?

Sin duda que una civilización totalitaria con base espiritualista en nuestro país sería católica. El Estado y la Iglesia tendrían sus relaciones establecidas jurídicamente; el catolicismo sería la religión oficial del Estado; la religión católica se enseñaría en todas las escuelas; el matrimonio civil no existiría o sería reducido simplemente a una formalidad administrativa, siendo el sacramento de la Iglesia el único matrimonio reconocido por el Estado; el divorcio no existiría, etc.

¿Deberemos exigir o siquiera proponer tal estado de cosas? Sería resucitar la Edad Media, con la teocracia de menos y el maquinismo de más.

Pero el Estado cristiano de la Edad Media como la república cristiana de la Edad Media, hicieron ya su época; el individualismo dió cuenta de ellas. Se trata ahora de saber cuál fué el punto débil que permitió al individualismo echarlas por tierra.

Después de la caída del mundo romano, las "élites" eran cristianas, las formas de los gobiernos eran también cristianas, pero los pueblos eran paganos, esos pueblos de las invasiones bárbaras cuyos descendientes y continuadores somos nosotros. El Papado era la única fuerza real de la época y Bizancio representaba todavía una gran idea, cuyo recuerdo inspiraba respeto.

Los jefes bárbaros se dieron cuenta de que necesitaban "élites", que batirse con el Papado no les serviría de nada y que su prestigio sobre los pueblos, dominados todavía por la impresión del éxito de los ejércitos romanos y de la grandeza de una civilización pasada, no podía sino aumentar, si conseguían que su poder recibiese una especie de consagración de los emperadores de Bizancio que, a pesar de su debilidad, encarnaban todavía la antigua idea imperial. Para tener pues de su lado las "élites", el Papado y Bizancio, debían pues convertirse; y se convirtieron.

La Edad Media comienza con gobiernos cristianos sobre pueblos paganos; estos pueblos paganos se cristianizaron poco a poco; su fe fué sincera, pero poco sólida y forzada. El despertar de la idea de libertad intelectual debía llevarlos necesariamente a echar por tierra el marco que les imponían las convicciones.

Es lo que sucedió con el tiempo. Esta experiencia no prueba, sin embargo, la imposibilidad de un Estado cristiano; prueba sí la imposibilidad de constituir de una manera durable un Estado cristiano con un pueblo pagano, o, por lo menos, un Estado cristiano que pretendiera imponer la fe a sus súbditos.

Por otra parte, la recristianización de las masas no está hoy día bastante avanzada para que justifiquemos la ambición de constituir un orden **enteramente católico**.

Si los tiempos venideros ven formarse Estados cristianos será porque el proceso constitutivo de estos Estados habrá tenido lugar en forma inversa al que siguió a la caída del mundo romano. La Acción Católica recristianizará los pueblos y creará en ellos convicciones sólidas y profundas, **porque serán libremente aceptadas**. Y los pueblos mismos exigirán de los gobiernos las reformas del Estado y de la civilización que correspondan enteramente a sus convicciones y a su manera de concebir las cosas.

Pero, de aquí a entonces, se trata de trabajar por la formación de un orden nuevo con base espiritualista, aunque no sea todavía católica, que atraiga a los incrédulos.

Porque, como lo dice Santo Tomás, "el derecho divino que viene de la gracia no destruye el derecho humano que viene de la razón natural" (1). Y si los católicos llegan a una semejante concepción del orden, inspirándose principalmente en sus convicciones religiosas, es posible y **necesario** que hombres no católicos, pero que tienen fe en las posibilidades espirituales de la Humanidad, lleguen a un concepto semejante.

La Acción Católica y el desarrollo de las bases espirituales.

La acción política, y la organización social y profesional de iniciativa privada, son los medios técnicos de la realización de un orden nuevo. Pero no es esto lo esencial. La constitución de este régimen no sería sino una etapa hacia un régimen más completo, más íntegramente católico.

El trabajo primordial de la hora presente, no es un trabajo de técnicos sino un trabajo de apóstoles. La realización de un régimen corporativo no debe ser solamente el resultado de discusiones entre políticos y economistas, que estiman que ahí estriba el bien común, sino que debe ser el resultado de una transformación fundamental del alma popular.

Es necesario hacer penetrar en esta alma los principios espirituales a que nos hemos referido en un comienzo.

Únicamente la Acción Católica, por su trabajo íntimo en las almas, puede crear ese capital espiritual del cual las ideas políticas y sociales no son sino las últimas aplicaciones.

(1) "Summa Teológica".

Un orden nuevo no consiste solamente en tales o cuales instituciones, es sobre todo un **espíritu**.

La Humanidad entra en un período infinitamente trágico e infinitamente grande.

Los tintes políticos ambiguos, las posiciones inciertas, tienden a desaparecer los unos tras de los otros.

Si la Providencia permitió una revolución tan terrible como la de Rusia en 1917, es porque le ha reservado una misión especial. El rol providencial de la Rusia soviética es precisamente el de destruir las instituciones y de disolver las mentalidades que tuvieron su origen en el individualismo y la Reforma protestante, y de levantar uno frente al otro, en toda su fuerza e integridad, el reino de Cristo y el del Anti-Cristo. Esta oposición se acentúa de día en día.

La política católica estará aún por mucho tiempo llena de compromisos; **actuar en otra forma sería imposible**. Y sin embargo, frente al radicalismo ateo y comunista es necesario que se levante un radicalismo católico.

Pero, mientras que el primero se impone por la fuerza sobre los otros, el radicalismo católico no se impone sino voluntariamente sobre nosotros mismos; ahí reside su debilidad, pero también ahí su grandeza. El poder de conquista del apostolado, radica en su propia debilidad humana. Y es de este apostolado, que extrae su fuerza nada más que del espíritu, del cual esperamos sobre todo la realización del nuevo orden.

Porque, hay que decirlo claramente, todo no es sino vanidad, inflación, si el amor no está en las almas, si Cristo mismo no vive en ellas.

Una civilización cristiana no pone el acento vital sobre el aumento indefinido de las riquezas materiales; una civilización cristiana pone el acento vital sobre el amor. Las preocupaciones y la orientación son diferentes; son de tal modo diferentes que su realización, su desarrollo reside en la pobreza voluntaria.

La base de un orden cristiano estará siempre en el reino de Dios entre nosotros. El resto no es sino balbuceo o construcciones endebles.

El orden nuevo no se realizará ni se afirmará si no encuentra su origen y justificación en el amor; en el amor de los hombres por los hombres y en el amor de los hombres por Dios.

Debemos, pues, dedicarnos a crear y a vivir este amor.

R. P. Coulet

El Catolicismo y la Crisis Mundial

(Continuación)

III.—LOS ERRORES DEL CAPITALISMO

Nadie debe extrañarse si instituyo aquí algo así como el proceso del capitalismo. No hago otra cosa que seguir un ejemplo venido de muy arriba. En efecto, es el Soberano Pontífice mismo quien no hace mucho lo instituía en su Encíclica sobre la restauración del Orden Social; cuando, después de haber recordado las enseñanzas de León XIII en la Encíclica *Rerum novarum*, dándole desarrollo y precisiones de la más grande importancia, no titubeaba en "hacer comparecer el régimen económico actual, y su acusador el Socialismo, y en dar sobre ellos un juicio equitativo".

Pero ¿por qué este examen? Simplemente porque la crisis que sufre el mundo se sitúa y hace estragos en pleno régimen capitalista. Al menos hay entre ella y él coincidencia de hecho. Pero ¿no habrá, además, correlación más estrecha, y relación verdadera de causa a efecto? Dicho de otra manera: la Crisis ¿no será una consecuencia, una resultante del régimen capitalista mismo? El problema se plantea por sí solo y pide una respuesta.

¿Es el capitalismo responsable de la Crisis como lo pretende el Socialismo; y en qué medida? Y si es responsable, ¿lo es en razón de su naturaleza misma, o simplemente en razón de ciertos errores prácticos o de ciertos abusos?

La importancia de tal problema es manifiesta. Porque, según la respuesta, o bien se hará una condenación de principio contra el régimen y será necesario cambiarlo; o bien se le absolverá completamente y será necesario buscar el remedio en otra cosa que en una transformación del régimen o bien se le declarará culpable de hecho, pero por accidente, y será necesario enmendarlo.

Sin embargo, no tendré la temeridad de

erigirme yo mismo en juez de este grave proceso. Pero, puesto que el Soberano Pontífice, en su calidad de juez supremo de la moral, ha creído deber instituirlo me contentaré con hacer un llamado a su juicio para decir lo errores que él ha atribuido al capitalismo y que es indispensable tener en cuenta si se quiere remediar el mal que han causado.

En razón misma del fin que aquí perseguimos, y que no es del todo de orden simplemente teórico y especulativo, sino más bien de orden concreto y práctico, yo clasificaría estos errores en dos grandes categorías:

Los que el Capitalismo ha cometido en el pasado y que son en gran parte responsable de la Crisis;

Y los que debe saber evitar en el presente para no comprometer, o hacer aún imposible, la reparación necesaria;

Los errores que reparar, y los errores que evitar.

ERRORES QUE REPARAR

Sin embargo, a esta palabra "errores" conviene que no se apresuren demasiado, a indignarse y a protestar en ciertos medios, y a proclamar el triunfo en otros.

Si el Capitalismo ha cometido errores, que debemos atribuirle, ésto no quiere decir que sea intrínsecamente malo y que sea necesario condenarlo en sí mismo.

En efecto, tomado en sí mismo el Capitalismo es un régimen económico y social en el cual contribuyen a la actividad económica, en condiciones por demás desiguales, dos factores esencialmente diferentes: el Capital avanzado por unos y el Trabajo suministrado por otros, el que recibe en recompensa de su colaboración a la obra común

una remuneración global generalmente llamada salario o sueldo; mientras que el Capital se reserva bajo forma de intereses o de dividendos, según la manera como ha sido tratado, una cantidad fija cuando se trata de simples obligaciones, o variable según los beneficios realizados por la Empresa cuando se trata de acciones; al mismo tiempo que la dirección del negocio cuando ha sido tratado bajo forma de acciones.

Apenas es necesario hacer observar que este régimen no es el único vigente. En la agricultura, en el artesanato; en el pequeño comercio, buen número de hombres no hace otra cosa que poner en obra lo que les pertenece en propiedad, y guardan naturalmente para ellos solos, junto con la dirección de su trabajo, todo el fruto de este trabajo. Es, sin embargo, incontestable que con la industrialización progresiva del mundo, el régimen capitalista ha extendido considerablemente su imperio, invadiendo y penetrando aún las condiciones económicas y sociales de aquellos que se encuentran fuera de su dominio, especialmente por el desarrollo y la extensión del crédito al que están obligados a acudir, cada día más, aún los pequeños agricultores, los pequeños artesanos, o los pequeños comerciantes.

Pero no es menos incontestable que, tomado en sí mismo y salvo abusos siempre posibles y desgraciadamente demasiado frecuentes, este régimen capitalista no presenta nada ilegítimo o intrínsecamente malo.

LEGITIMIDAD DEL SALARIADO

El significa sin duda una remuneración global del trabajo del hombre. Pero no hay nada injusto en que el trabajo del hombre se arriende por una remuneración global, mientras este contrato de arrendamiento tenga cuenta del carácter humano del trabajador mismo y del carácter a la vez individual y social de su trabajo de hombre. Que se pueda, con la Encíclica, estimar más apropiado a las condiciones presentes de la vida social moderar algo, en las circunstancias actuales y a medida de lo posible, el contrato de arrendamiento de trabajo que es la base del sala-

riado por elementos tomados del contrato de sociedad; que se pueda aún soñar con un régimen económico establecido sobre otras bases que las de la remuneración global del trabajo o del salariado, es innegable. Pero esto no quiere decir que el salariado sea "esencialmente injusto". Pío XI, después de León XIII protesta enérgicamente contra todos los que osaren pretenderlo.

Y así como no hay injusticia esencial en que el trabajo reciba una remuneración global, siempre que sea la que debe ser, no hay tampoco injusticia en que el capital reciba, bajo forma de interés o de dividendo, la parte que puede corresponderle en el producto de la obra común realizada gracias al concurso del Trabajo y del Capital.

LEGITIMIDAD DE LA REMUNERACION DEL CAPITAL

El Capital, seguramente, puede ser ilegítimo en sus orígenes cuando es el fruto de la injusticia, del robo o del fraude. Pero puede ser también perfectamente legítimo bajo cualquier forma que se presente, cuando es el producto del trabajo o el fruto del ahorro.

Y si el origen del Capital puede ser así legítimo, su remuneración no lo es menos, en principio, cuando, bajo forma de interés fijo o de dividendo variable, participa en el producto de una labor que sin él hubiese quedado estéril. "Porque, dice el Soberano Pontífice, sería radicalmente falso ver, ya sea sólo en el Capital, ya sea sólo en el trabajo, la causa única de todo lo que produce su trabajo combinado y sería bien injusto que una de las partes, negando a la otra toda eficacia, se dejase para sí todo el fruto".

En efecto, el trabajo del hombre no puede llegar a ser fecundo nada más que a medida que explota de una manera o de otra los recursos de la naturaleza. Ahora bien, es el Capital quien pone a menudo a disposición del trabajo, o los instrumentos necesarios a fin de explotar los recursos de la naturaleza, o estos recursos mismos llegados a ser, de hecho, objeto legítimo de propiedad, ya sea

por vía de ocupación o valorización, cuando se trata de riquezas naturales sin dueño, ya sea por vía de herencia o por vía de adquisición con la ayuda de un capital ya legítimamente constituido. Es, en consecuencia, perfectamente legítimo que el Capital que, de esta manera, contribuye por su parte a la fecundidad misma del trabajo del hombre, participe del producto de este trabajo. No se trata nada más que de una cuestión de medida.

Pero es una cuestión de medida. Y es justamente en esto donde aparecen los graves errores y las faltas a que se ha dejado llevar el Capitalismo. Porque, si no es condenable en si mismo, desgraciadamente se ha hecho culpable de un gran número de excesos y de abusos que son en gran parte responsables de la Crisis.

Cuando el Capital—acción ha comenzado a llamar al trabajo del hombre ofreciéndole como precio de su colaboración una remuneración global llamada salario, lo que no tenía nada de inmoral en sí, se ha reservado naturalmente la dirección de la obra que iba a emprender con él.

Y esto, por lo demás, no tenía nada de ilegítimo, porque si la Empresa mal dirigida llegaba a fracasar, el Capital estaría perdido mientras que el trabajador guardaría su fuerza de trabajo.

Pero a la tentación y el peligro a los cuales el Capital se encontraba naturalmente inclinado, era de no ejercer esta dirección nada más que desde su punto de vista, sólo en función de su ventaja real o presumida, estimando todo al valor de lo único que valía a sus ojos de Capital, al valor del dinero.

ERROR FUNDAMENTAL: LA PRIMACIA DEL BENEFICIO Y DEL DINERO

Y es precisamente esto lo que él ha hecho. En la organización capitalista de la Empresa, la búsqueda libre de la ganancia individual por la libre concurrencia ha sido desde el origen el gran principio director; y el dinero la medida común a la que todo se ha rela-

cionado. Doble error cuyas consecuencias debían ser graves.

Sin preocuparse del equilibrio necesario entre el precio de venta y el poder de compra, ha enseñado el Capital que los precios deben ser, libers; y los ha fijado de la manera más arbitraria, en función de la ganancia individual y no de las exigencias del consumo general; contando con el juego de la libre concurrencia para mantenerlos dentro de límites sanos.

Sin preocuparse mayormente de los fines supremos a que está destinado todo el movimiento de la vida económica, no ha visto en todas partes otra cosa que ganancias que podía obtener de la satisfacción de ciertas necesidades, y necesidades que debía suscitar para obtener así ganancias de ellas.

ERRORES SUBSIDIARIOS

A.—Desconocimiento de la verdadera naturaleza del trabajo

En cuanto al trabajo del hombre mismo esto fué estimado simplemente según el valor comercial de su rendimiento, sin que se creyese obligado a considerar el carácter humano de este trabajo.

El trabajo del hombre llegó a ser así una simple mercadería que se procuraba al más bajo precio para sacarle el mejor partido posible. La ciencia industrial, decía a la Comisión belga del trabajo en 1886 un industrial de Bélgica, consiste en obtener de un ser humano la mayor suma de trabajo posible, remunerándose al mismo tiempo por el salario más bajo. Tal vez este industrial no era por lo demás un hombre sin corazón; pero este corazón le defendía mal contra el error en que había caído el Capitalismo: el de medir todo con el único patrón del dinero, y olvidar lo que Pío XI llama en la Encíclica "Quadragesimo anno": el carácter individual y social del trabajo del hombre.

Desde el punto de vista social, este error tuvo por resultado, en primer lugar, la situación deplorable que ha sufrido durante largo tiempo el mundo de los pequeños asalariados, y que León XIII denunciaba en otra época cuando hablando de "las mise-

rias inmerecidas" del pueblo no titubeaba en agregar que 'la evolución económica de fines del siglo XIX había logrado dividir para siempre la sociedad en dos clases: de un lado una mayoría de ricos que gozan más o menos de todas las comodidades que ofrecen en tan grande abundancia las invenciones modernas: y del otro una multitud inmensa de trabajadores reducidos a una angustiosa miseria de la que en vano se esfuerzan por salir'.

Por lo demás, hay que notar bien—y esta observación vale para todo lo que va a seguir—que no se trata de ninguna manera de censurar a los capitalistas mismos ni de atribuir a la mayor parte de ellos intenciones culpables, todavía menos la voluntad consciente de explotar pura y simplemente la miseria de los que emplean.

Al contrario, la mayor parte de ellos sufrían bastante a menudo, en el fondo de sus almas, los rigores a que los obligaba a veces la inexorable concurrencia. Prisioneros del régimen, enseñados casi siempre por los maestros más escuchados de la ciencia económica a considerarlo como necesario e inmutable, se creían obligados a sufrirlo tan largo tiempo como no apercebían la necesidad de trabajar en cambiarlo.

Hay que notar también en favor del Capitalismo, que esta búsqueda del mayor beneficio era perfectamente lógica en cierta medida, y aún casi necesaria en vista de los riesgos que debía afrontar el Capital desde que, en vez de trabajar por pedidos, trabajaba para el mercado sin estar nunca seguro de encontrar tomador de su mercadería, y sin estar nunca seguro de que un progreso nuevo de la técnica, un descubrimiento de la ciencia, una concurrencia inesperada no vendría mañana a hacer inútiles, improductivas y definitivamente perdidas todas sus realizaciones de hoy.

Contra estos riesgos habría debido estar garantido por instituciones apropiadas que habrían quebrantado y prevenido las Crisis. Estas instituciones estaban prohi-

bidas por la ley, en nombre del individualismo. Nosotros veremos que el Catolicismo nos invita a reconstituirlas a fin de prevenir los inconvenientes de la carrera a los beneficios enormes... Porque, por explicable que fuese esta carrera, en razón de la ausencia de instituciones apropiadas, no dejaba, por eso, de tener inconvenientes menos graves.

En efecto, desde el punto de vista económico, el único que parecía interesar al Capital, las consecuencias de esta carrera a los mayores beneficios, fueron desastrosas. Si el Capitalismo no se hubiese dejado hipnotizar justamente por el cuidado de la ganancia inmediata, habría podido darse cuenta fácilmente que por ser el trabajador también un consumidor, y, en consecuencia, un cliente eventual, era falso el cálculo que pretendía hacer crecer el beneficio de la Empresa, arrendando el Trabajo a las tasas más bajas posibles, porque, este mismo hecho, hacía disminuir otro tanto, en este cliente eventual, la facultad de comprar los productos que en seguida se pretendería venderle.

Y vamos a ver cómo la falta de clarividencia del Capitalismo, no ha hecho otra cosa que hacer más grande esta disconformidad entre la capacidad de producción del régimen y el poder real de compra de la masa de consumidores, que hoy día ha llegado a ser tal — es el fondo de toda Crisis — que, no reajustándose nunca la oferta y la demanda, todo el movimiento de la vida económica está como paralizado.

B.—Desconocimiento exagerado de la producción

El error inicial en virtud del cual el Capital, se había dejado arrastrar, en la dirección de la Empresa, a encarar todo desde su propio punto de vista, y, en consecuencia, sólo en función de la ventaja y del beneficio que podía obtener, debía arrastrarlo a buscar sobre todo el medio de hacer crecer estos beneficios.

En primer lugar, había tratado de hacerlo, bajando el precio de costo en detrimento del trabajador. En seguida, ha tratado de hacerlo aumentando cada día más su capacidad de producir. Era, en efecto, disminuir el precio de costo de sus productos y procurarse así la posibilidad de triunfar más fácilmente de la concurrencia. Pero era, a un mismo tiempo, hacer crecer el beneficio a medida que se elevaba la cifra de los negocios.

Aumentar esta capacidad de producir era, por lo demás, cosa fácil. "El Capital, nos dice la Encíclica, se ha apropiado indebidamente durante largo tiempo ventajas excesivas, habiendo reclamado para sí, la totalidad del beneficio y del producto, y dejando apenas a la clase trabajadora algo con que rehacer sus fuerzas y perpetuarse"; su concentración en algunas manos, se había operado sola, según una especie de ley económica inevitable que parecía querer, nos dice todavía Pío XI, "que todo el capital se acumulase en las manos de los ricos".

Bastó con gastar en la extensión de las Empresas y en su equipo, cada día más perfecto, gracias a los progresos del maquinismo, una parte considerable de este crecimiento del Capital, para aumentar así su capacidad de producción.

Por otra parte, habiéndose hinchado el **Capital, en forma desmesurada se pudo beneficiar naturalmente de un crédito proporcionado.** Le fueron otorgados créditos, tanto más fácilmente consentidos cuanto mayor extensión o importancia tomaba su negocio... El ahorro mismo, en lugar de emplearse para permitir al hombre una existencia más humana, fué solicitado, en vista de la ganancia que se le ofrecía, a venir a alimentar estos créditos. Gracias a ellos y a la afluencia de dinero que le traían estos diversos canales, el Capital estuvo en situación de lanzar siempre nuevas Empresas y de desarrollar las que ya tenía, en la esperanza de nuevas ganancias.

Entretanto vino la guerra, que dejó de-

tras de sí necesidades inmensas, que era necesario satisfacer lo más pronto. Fué como un formidable llamado de aire causado por el vacío de las ruinas amontonadas que ofreció al Capitalismo una razón nueva, y por lo demás legítima, de renovar y multiplicar su utilidad, de intensificar su acción y de hacer al mismo tiempo, crecer sus beneficios, los que tendían a gastarse, a su vez, en nuevas extensiones de sus Empresas. Cada país trataba de equipararse y de poder vivir sin los productos que le venían de afuera...

El ritmo de crecimiento de la producción, se aceleraba así cada día. Bastante se trató de sobre excitar el consumo mismo y, por todos los medios de la publicidad y propaganda, de suscitar perpetuamente nuevas necesidades para tener perpetuamente que satisfacerlas. A pesar de todo, bien pronto debía hallarse el límite. El consumo se vió impotente de seguir en su desarrollo la aceleración vertiginosa del ritmo de crecimiento de la producción. Y he aquí la Crisis...

Ella estaba en potencia y ya como en germen en el error inicial de todo el sistema. Ella debía fatalmente producirse un día u otro, aún si la guerra con todas sus consecuencias de orden material y moral, no hubiese venido a complicar la situación, y, por lo tanto, a agravar el peligro.

A decir verdad, la Crisis ya se había producido. Hace ya un siglo que ella reventaba regular y periódicamente, más o menos cada ocho o diez años. Crisis de tal manera regulares que se les ha dado con justa razón, el nombre de "crisis cíclicas" o periódicas. La sobreproducción momentánea traía un socavamiento de los precios. Esto provocaba la quiebra y la desaparición de un cierto número de negocios; y la baja de los precios, ponía nuevamente en marcha todo el mecanismo. Pero estas crisis, eran relativamente benignas, si se las compara a la que hoy día amenaza con arrastrarlo todo.

C.—La fe en la virtud de la concurrència

Parece que en otra época, el Capitalismo tomaba fácilmente su decisión. El estimaba fatales las crisis pero no creía que pudiesen llegar a ser mortales. No se había preocupado de proveer su máquina de un regulador. Intensificar el ritmo de la vida economía, a fin de hacer crecer su beneficio a medida que se intensificaba la labor de la producción y del cambio era su único cuidado. En caso de atascamiento momentáneo, el sistema de la libre concurrencia, que debía en tiempo normal impedir la elevación exagerada de los precios, provocaría en tiempo de crisis la baja de los precios, lo que decongestionaría bien pronto el mercado y permitiría que todo el mecanismo se volviera a poner inmediatamente en marcha. Era una simple aplicación de la doctrina del liberalismo económico al régimen capitalista.

Desgraciadamente, como lo hace presente Pío XI, "la libre concurrencia, que puede ser cosa legítima y útil, cuando está contenida en ciertos límites, no podrá, sin embargo, servir de norma reguladora... Abundantemente lo han probado los hechos..." Porque los hechos son precisamente las crisis que, desde el régimen de la libre concurrencia, ponen a prueba el mundo económico con una dureza cada día más grave y una regularidad, que hace que sea verdaderamente extraño que el Capitalismo haya ligado con tanto empeño, su suerte a la de ese sistema.

Porque, si es verdad que el equilibrio, gracias a la libre concurrencia caba siempre restablecerse, — lo que bien podía no ocurrir un día, pudiendo, morirse fácilmente el enfermo en vez de sanar—sin embargo, debía necesariamente contar con los sufrimientos y los desastres, con las quiebras y los períodos de cesantía, único precio que permitiría restablecer el equilibrio.

Sin duda, cuando se precipita la máquina, ciertos frenos obran de una manera

automática y acaban por detenerla. Pero lo hacen con una brutalidad que nunca deja de precipitar y de aplastar, los unos sobre los otros, un buen número de los que en ella van; corriéndose al fin el riesgo, como nosotros lo vemos ahora, de que todo salte.

Fué unos de los grandes errores del Capitalismo, ligar su suerte a los postulados del liberalismo económico, y pensar que siempre bastaría el juego de la libertad para arreglarlo todo; así como fué otro error, no pensar nada más que en el Capital mismo; sacrificar necesariamente el productor a la riqueza producida o a la riqueza por producir; y olvidar que el verdadero fin de la actividad económica debe ser el de servir las verdaderas necesidades del hombre, y no explotarlo para servir la avidez insaciable del dinero.

Por lo demás, había proclamado el derecho de obrar así libremente a su antojo, sin control y sin trabas, a fin de poder, en seguida, abandonarse más completamente a este espíritu de lucro, a esta concupiscencia en la que Pío XI, reconocía y denunciaba, en otra época, la fuente de todo el mal. "De la avidez, en efecto, decía él, nace la desconfianza mutua que esteriliza todas las relaciones de los hombres entre sí; de la avidez, la odiosa envidia que hace considerar como un perjuicio toda ganancia ajena; de la avidez, el mezquino individualismo que utiliza y subordina todo a su ventaja propia, sin ocuparse de los demás, aún atropellando cruelmente todos los derechos. De aquí este desorden y este desequilibrio injusto por el que se ven acumuladas las riquezas de las naciones en las manos de algunos individuos, quienes regulan, según su capricho, el mercado mundial para inmenso daño de las masas..."

Así, guiado en una dirección falsa, conducido por un falso principio, el Capitalismo liberal, se ha introducido cada día más, a través de un siglo de actividad febril, en la peligrosa vía en que se había empeñado. Helo aquí en un callejón

sin salida; y, con él, la humanidad entera se encuentra amarrada por la Crisis económica y financiera, de manera tan tenaz que, mientras más trata de desprenderse, parecen más imposibles de romper sus lazos... Aquellos mismos que creen tener entre las manos, junto con las riquezas más desmesuradas, los destinos del mundo, aquellos mismos que por sus especulaciones han sido y siguen siendo la gran causa del mal, bien a menudo son también las primeras víctimas, arrastrando con ellos al abismo las fortunas de una masa innumerable de otros hombres..."

Repasando estas líneas, no puedo dejar de pensar en esta soberbia revancha que en nuestros días ha tomado el Capitalismo sobre el Salvador. Así como el Salvador, en otra época, un día había echado del Templo, a los comerciantes y los cambistas que hacían de la casa de oración una caverna de ladrones, he aquí, que el Capitalismo a su vez arroja a Cristo del

vasto dominio de la vida económica en el que Cristo pretendía imponer al dinero el respeto del hombre a un mismo tiempo que el respeto de su finalidad verdadera que es el servicio del hombre. "Los negocios son los negocios", habían dicho los maestros de la Economía; y el Capitalismo había encontrado esta doctrina particularmente interesante. Los negocios eran los negocios. Ellos no tenían nada que hacer con la moral. El capitalista los conducía a su manera y pretendía no tener que inspirarse nada más que en su interés para conducirlos bien... ¡Puede ver ahora a dónde le ha llevado esta preocupación exclusiva por su interés, por lo demás, mal comprendida!

¿Podrá salir de este callejón?

Tal vez. Pero no hay duda que esto será difícil. Y es menos dudoso que no lo logrará jamás, si no tiene el buen espíritu de enmendarse y de evitar en el futuro los errores del pasado.

(Continuará)

De todo el mundo

LA SEMANA SOCIAL UNIVERSITARIA BELGA

En Enero último tuvo lugar en Bruselas la XI Semana Social Universitaria Católica, que ha reunido en la vasta sala de San Luis un número imponente de estudiantes de las diversas Universidades del país.

Entre los que han intervenido, merece mencionarse al Director espiritual de las Semanas Universitarias Católicas, Abate Leclercq, al Secretario General, M. Renual; al Presidente de la Federación Belga de los estudiantes Católicos, M. Limbourg; al Presidente de la Juventud Universitaria Católica, M. Mathieu de Joughe, etc.

Una vez que el Presidente dió la bienvenida a los asistentes, a nombre de los universitarios de la ciudad, tomó la palabra M. Basyn, quien habló del flagelo social de la desocupación.

Después de haber analizado las consecuencias de la desocupación, el conferenciante afirmó que, alejándose de los gráficos y de las estadísticas, era preciso acercarse al desocupado para tener una idea clara del grave mal que recae sobre la humanidad. Semejante análisis pondría de manifiesto el desorden económico, el cual no solamente pesa sobre el individuo sino sobre toda la vida económica del país, mostrando en qué situación anormal y socialmente dañosa se encuentra el desocupado. El orador se refirió en seguida a la situación en diversos países europeos, y tuvo motivos para alegrarse de la sabiduría de la población belga que ha estado particularmente protegida contra toda conmoción popular. El problema de la desocupación no corresponde sólo al operario, sino también a los intelectuales, porque se extiende a todas las clases sociales. El relator terminó invitando a los católicos a practicar en estos tristes tiempos la caridad cristiana, fuente única de bienestar social.

A su vez, M. Lecoq tomó la palabra para hablar de la psicología del desocupado. El ser desocupado se ha convertido por un largo período de tiempo en un nuevo estado social para el operario; la mentalidad de éste se ha modificado mucho por los nuevos hábitos y la nueva forma de vida. Tal mentalidad se caracteriza por el abandono de la vida religiosa y moral, por la lenta degeneración profesional y por una ruptura del espíritu social.

La degeneración profesional es una consecuencia inevitable para el desocupado, el cual se habitúa poco a poco a un estado de apatía, llegando hasta el punto de no buscar más trabajo. La desocupación prolongada mata todo resorte moral y anula el progreso religioso, moral e intelectual.

Nosotros los católicos, concluyó el orador, debemos disminuir estas consecuencias de orden religioso y civil, ofreciendo a los desocupados nuestra simpatía y ayuda material y sosteniendo los esfuerzos educadores del movimiento obrero cristiano.

El dirigente de la sección de los desocupados de la Juventud Obrera Católica, M. Javaux, se refirió a la desocupación de la juventud.

Es creencia general que el joven desocupado sufre menos que el

adulto, porque teniendo a sus padres su situación es menos angustiosa. En realidad, este sufre mucho, sobre todo moralmente. El orador, después de haber hecho observaciones de orden técnico sobre la capacidad de la juventud, terminó haciendo votos por la reducción de las horas de trabajo mediante una convención internacional.

A su vez, M. Pierre de Smet, profesor de la Universidad de Lovaina, ha interesado a los asistentes sobre la miseria de los diplomados.

Después hacer presente que es difícil indicar el número de los diplomados sin trabajo o que ocupan puestos inferiores a su título de estudios, el orador ha afirmado que la causa de tal miseria se debe al gran número de diplomados de todas clases. El confía que la situación vaya mejorando cada vez más, y que con la ayuda de las asociaciones profesionales católicas los diplomados sin trabajo puedan encontrar aquella ocupación que corresponda justamente a su propia formación intelectual.

En los días siguientes el Abate Leclercq trató sobre "La Cesantía y la Civilización" y se discutió acerca del seguro contra la cesantía, y el derecho de requisición de los cesantes.

La sesión solemne de clausura reunió un numeroso y escogido público. El senador Paul Crokaert, pronunció un magnífico discurso en contra de las ideas hipercapitalistas, causantes de la gran crisis porque atraviesa el mundo y lanzó un llamado a la juventud para que se interesara por estos problemas. Otro tanto hizo el ilustre sociólogo y senador R. P. Rutten, que fué como el anterior muy ovacionado.

CORPORATIVISMO Y DEMOCRACIA

La formación política de la Juventud Belga

La Central política de Juventud de Bruselas, que reúne en su seno a lo más granado de los estudiantes belgas católicos, celebró los días 27 y 28 de Enero último, un importante Congreso para analizar el tema "Corporativismo y Democracia" y buscar la manera de integrar la profesión organizada en el régimen político y económico actual, cuya reforma se impone.

El Sábado 27 de Enero, a las 16,30 horas se celebró la primera sesión y usaron de la palabra: M. Alfonso Zimmer de Cunchy, Presidente General de los Equipos católicos, sobre "La reforma del régimen parlamentario"; M. Horacio Gerin, sobre "Reflexiones acerca de la educación política de las masas y la cultura popular"; M. Franz de Voghel, Presidente del Círculo de Economía Política, sobre "El problema de la dirección de la Economía"; y M. Carlos Lernite, acerca de "La integración del sistema corporativo en la organización económica".

El Domingo 28, después de una misa en la Capilla del Instituto de San Luis y de un sermón del Abate Jacques Leclercq, tuvo lugar la segunda reunión. Usaron de la palabra M. Marcel Laloire, sobre "La desproletarización de las masas"; M. Eduardo Henusse, acerca de "La conquista del poder por los católicos"; y M. Antonio Colens, Presidente del Círculo Político y Social, sobre "Juicio de los hechos políticos del año".

A las 13 horas, se llevó a efecto un banquete. en que pronunció una

hermosa alocución el diputado Rubbens, Vice-Presidente de la Unión Católica y Presidente de la Liga de los Trabajadores Cristianos.

La asamblea de clausura tuvo lugar el mismo día en la tarde. Allí habló el Presidente de la Central Política de Juventud, M. Andrés Mussche, respecto de la significación del Congreso, y le siguieron en la palabra, entre otros: M. Jean Verheyden, M. Marcel Vercrusysse, Secretario General de la Central, el ex-diputado Jean Bodart y el senador Paul Crokaert, que se refirieron respectivamente a los siguientes temas: "Revolución de élite o revolución de masa", "Orientación y límite de la revolución moderna", "La solidaridad cristiana" y "El problema de mañana".

No contenta con sólo este Congreso y en su deseo de trabajar en forma más completa aún por la formación política de la juventud católica, la "Central" acaba de fundar en Bruselas un Instituto de Estudios Políticos, bajo la Presidencia Honoraria del Senador Paul Crokaert. Durante la temporada de invierno funcionarán allí diversos cursos sobre problemas sociales, económicos y políticos, a cargo de competentes profesores: el Conde de Lichtervelde, el R. P. Arendt, el Abate Leclercq, M. M. E. de la Vallée Poussin, el diputado Rubbens, etc. Los cursos son libres y al final de los estudios se otorga un diploma una vez que se presente una memoria acerca de cualquiera de los temas ya indicados.

Gracias al entusiasmo del estudiantado belga, acaba pues de dotarse a Bruselas de una escuela de ciencias sociales y políticas de inspiración católica.

LOS VALORES RELIGIOSOS DEL CRISTIANISMO PUESTOS EN RELIEVE POR EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

El Presidente Roosevelt en más de una ocasión ha aprovechado la oportunidad de poner en relieve que la religión y los principios religiosos son la base del bienestar de una nación.

Hace poco tiempo, hablando a una importante reunión en New York, el Presidente ha dicho: "Cada año que pasa confío más en que la humanidad progrese en la aplicación práctica de la enseñanza del Cristianismo en cuanto ella se refiere a la vida de cada cual".

Ocupándose del extenso trabajo de la religión para aliviar los sufrimientos humanos y para corregir los errores, ha declarado: "Me confío en mi profunda creencia de que Dios continúa SU camino".

"Siempre he estado seguro,—ha dicho el Presidente—que venceremos porque el espíritu de la América deriva de la fe, fe en las caras instituciones de nuestro país, pero también fe verdadera y tenaz en la guía divina de Dios".

Más recientemente, en una reunión pública, en Washington, del "capital nacional", el jefe del Estado ha concentrado de nuevo la atención de sus conciudadanos sobre la importancia que debe tener la religión.

Así ha dicho: "Los primeros cristianos han destrozado la moral pagana de Grecia y Roma; nosotros estamos prontos a destruir la moral pagana que se advierte en diferentes aspectos de nuestra orgullosa civilización moderna.

“El Cristianismo nació en una época notable por el abismo que separaba a los privilegiados de los menesterosos, una era que dividía a los conquistadores de los vencidos, a las castas de las castas. Los cristianos de los tiempos primitivos estaban unidos por un ideal social.

“Hoy, una vez más, nos lanzamos en un nuevo viaje por el mundo de las relaciones humanas. Aquella institución humana que se llama gobierno se propone, con medios sociales y económicos, el mismo objeto al cual tiende la religión con medios sociales y espirituales.

“Reconozcamos al individuo el derecho de procurarse y obtener su justo salario, su justa utilidad, por los medios justos; actuando así no roba ni oprime a su prójimo. Al mismo tiempo estemos de acuerdo en crear un esfuerzo colectivo en las grandes líneas del plano social, esfuerzo colectivo que está en completo acuerdo con las enseñanzas sociales del cristianismo”.

Tratando de una mayor prosperidad material, ha observado el Presidente: “Debemos procurar una prosperidad construida sobre valores espirituales y sociales. En esta nueva definición de la prosperidad, la religión y el Estado, cada cual en su propia esfera, pueden colaborar de acuerdo. El Gobierno puede acceder a que la religión exponga los ideales de justicia social, mientras, al mismo tiempo, el Estado garantiza su libertad. No siendo ella importunada por ninguna intervención del Gobierno, puede con sus enseñanzas poner a sus millones de fieles en condiciones de solicitar del Gobierno el mantenimiento y el progreso de una vida más fecunda”.

“La religión, terminó el Presidente Roosevelt, tiene hoy la mayor influencia en el mundo para triunfar de la codicia y para difundir esta nueva filosofía del Gobierno. La Iglesia y el Estado están justamente unidos en un trabajo común. Con la ayuda de Dios estamos en la vía que conduce a esta meta”.

CLAUSURA DEL CONGRESO IBERO-AMERICANO DE ESTUDIANTES EN ROMA

A principios de Enero se llevó a cabo en el Colegio Pío Latino Americano de Roma la sesión de clausura del Congreso Ibero-Americano de Estudiantes. Asistió a ella Monseñor Pizzardo, altas dignidades eclesásticas y el Cuerpo Diplomático.

El Secretario General, señor Eduardo Frei, hizo una relación de la labor verificada, y a nombre de sus respectivos países usaron de la palabra los señores Garretón, de Chile; García Robles, de México; Ferrero, del Perú; Moscoso, de Puerto Rico; Flores, del Uruguay; y Pérez Machado, de Venezuela. Clausuró el acto Monseñor Pizzardo, recordando las directivas generales de la Acción Católica.

Como fruto de esta reunión en Roma se ha constituido definitivamente la “Confederación ibero-americana de estudiantes católicos”. Representantes de 13 naciones han concurrido a la fundación de esta institución universitaria de Acción Católica. Manuel Garretón Walker, de Chile, fué elegido presidente; Víctor Delpiano y Edgardo Goldeberg, fueron designados consejeros del Comité Ejecutivo que tendrá

por sede la ciudad de Santiago de Chile. El Consejo, que tendrá atribuciones consultivas, quedó formado por los siguientes universitarios: Ulloa (México), Bianchi (Argentina), Luna (Colombia), Pérez Machado (Venezuela), Alaiza (Perú), Ubeda (España), Moscoso (Puerto Rico). Este Consejo tendrá por sede la ciudad de México.

La ciudad de Montevideo fué elegida como sede del próximo Congreso, que se verificará en 1936. En dicha ciudad trabajará el "Secretariado de organización", del cual fué designado Secretario General el delegado uruguayo don Alfredo Raúl Castellanos.

Se crearon además los siguientes institutos: de estudios sociales, en Lima; de educación, en la ciudad de México; de cultura ibero-americana, en España; de filosofía y metodología, en Argentina; de literatura y arte, en Colombia; de historia, en Venezuela; y de literatura portuguesa, en el Brasil.

"LIGA DE LA DEMOCRACIA Y LIBERTAD"

Se acaba de fundar en Bélgica una "Liga de la Democracia y Libertad", compuesta por individuos de las tendencias más heterogéneas, desde el jefe socialista Vandervelde hasta el ex-diputado católico Jean Bordart. Sin precisar mayormente los términos de "Democracia" y "Libertad", los miembros de la nueva institución declaran lo siguiente: "En estos tiempos, las más nobles ideas por las que las "élites" de todos los países han luchado y sufrido durante siglos, son combatidas como estériles y anticuadas. El respeto de la personalidad, el amor a la libertad, la dignidad humana y la solidaridad universal de los hombres, se ha trocado en irrisión".

El objeto de la Liga, según lo expresa el manifiesto inicial es el siguiente:

- 1.º Combatir por una acción sistemática la dictadura bajo todas sus formas;
- 2.º Señalar los beneficios de la democracia;
- 3.º Estudiar las instituciones democráticas con el fin de mejorarlas;
- 4.º Documentar la prensa sobre los crímenes de los regímenes autoritarios y los móviles ocultos de los movimientos dictatoriales;
- 5.º Unir sus esfuerzos a los de las asociaciones similares belgas y extranjeras;
- 6.º Acudir en ayuda de las víctimas de los regímenes de dictadura; y
- 7.º Exaltar en la juventud la idea de libertad".

Refiriéndose al establecimiento de la "Liga de la Democracia y Libertad", y a los ataques de que son objeto "las más nobles ideas" por las que se ha luchado durante siglos, exclama no hace mucho "La Revue Catholique des idées et des faits":

"¿Y si, no obstante, ese abandono de las más nobles ideas fuese debido a los delitos de cierta democracia política? ¿Si la libertad del 89 fuera la gran responsable del caos actual? Si el abuso del individualismo, ese respeto exagerado de la personalidad; los desbordes de la licencia, ese exceso de amor por la libertad; las injusticias del igualamiento, ese culto exagerado de la dignidad humana; si todo esto no ha producido más que desórdenes y ruinas, se comprende que esas "más nobles ideas" sean abandonadas

después de una experiencia semejante. La realidad se ha vengado de las ideologías. Nuestra época ha hecho la prueba y comprobado lo nocivo de las llamadas ideas nobles, que sin duda lo son en buena parte y en cierto sentido, pero que concretamente fueron corrosivas y disolventes. Las palabras no son sino palabras; sólo importa la realidad. Las más hermosas palabras han conducido a la Europa a dos dedos del abismo”.

La misma revista hace las siguientes anotaciones a los ya citados puntos del programa de la Liga:

“Al 1.º: No hay sino un medio de combatir la dictadura, y es la de hacerla inútil. La democracia política la ha hecho inevitable.

“Al 2.º: La democracia política ha provocado la más formidable manzana que ha conocido la historia y el caos más inverosímil que jamás haya existido.

“Al 3.º: De acuerdo, pero es probable que la marcha de los acontecimientos impida no poco un estudio que, bien hecho, conduciría a la democracia política a hacer el harakiri.

“Al 4.º: ¿Y los funestos resultados de un siglo de democracia política? La reacción anti-democrática sin duda, que algunas veces sobrepasa la medida; pero ¿qué decir de la acción que la provoca?

“Al 5.º: Esfuerzos estériles, según nuestra opinión. La marea ha vuelto. Que alguien se dedique a aminorar las exajeraciones, nada mejor, pero la democracia política se muere. Nada la puede reanimar.

“Al 6.º: Practicar la caridad, siempre es recomendable.

“Al 7.º: ¿Qué libertad? La vida en común requiere hoy día autoridad, disciplina, orden. He aquí las ideas que hay que exaltar porque son las más saludables en este momento. Hay entre nosotros crisis de Autoridad por exceso de Libertad”.

“La casi unanimidad de los alemanes — concluye la citada revista — ha dado su voto plebiscitario a Hitler y quien viene de Italia se halla convencido, de que Mussolini se apoya en la inmensa mayoría de los italianos. Los regímenes autoritarios de ambos dictadores se fundan pues, en el libre consentimiento de la mayoría de sus compatriotas. ¿Por qué aquel uso de la libertad que entrega, en nuestros tiempos difíciles, la gestión de la cosa pública a un hombre en quien se cree ver al salvador, será menos noble o menos legítima que aquel por el que se elige un diputado por cuatro años?

“A la “Liga de la Democracia y Libertad” no le falta coraje, coraje digno de mejor causa. Ella se obstina en defender los moribundos, en revivir los cadáveres. Hay mejores cosas que hacer, en esta iniciación del año de gracia de 1934, en que un escándalo sin precedente expone ante nuestros ojos las bellezas del régimen democrático. Si existiera en Francia una “Liga de la Democracia y Libertad”, Stavisky no habría dejado de sostenerla, él que conocía tan bien las realidades que ocultan esas palabras y la “manera” de servirse de ellas...”

UN CENACULO DE CULTURA LATINO-AMERICANO EN SU JUBILEO

Este Año Santo extraordinario, que se acerca gloriosamente hacia su ocaso, será recordado en la historia bimilenaria de la Iglesia, no sólo co-

mo prueba perenne de la grandeza, de la inmortalidad de la religión católica, única sécuaz verdadera de la palabra divina, sino también como marco de muchos acontecimientos que en él han ocurrido: Ordenes religiosas que han celebrado el centenario de su fundación; otras, que han visto exaltados a los altares a sus fundadores; instituciones que han celebrado sus jubileos: publicaciones de alto valor, que han recordado el principio de largos estudios y de áridas fatigas. Año Santo, por consiguiente, verdaderamente extraordinario, o para repetir la frase tan predilecta de Pontífice, Año Santo extraordinario entre los extraordinarios, pues, conmemora el milagro, que vive siempre a través de los siglos, la humana Redención.

Antes que las puertas santas se cierren por un período de más de veinte años, Roma, centro del catolicismo, participará con aquella emoción, que es prueba de su historia sublime y de su inmarcesible gloria, en la exaltación a los altares de confesores de la fe, de mártires y de heroínas y héroes de la caridad. El mismo día de la Pascua de Resurrección, un gran italiano alcanzará los honores de la canonización, como para asegurar a todos los creyentes, en vísperas de la clausura de la Puerta Santa, que la bondad divina no cesará nunca de hacer surgir en el mundo apóstoles y defensores de la fe, dispuestos a cualquier martirio y a cualquier renuncia. Claro que no todos estos apóstoles puede la Iglesia contarlos entre los santos. Los elegidos son pocos en comparación con el gran ejército de los que dedicaron su actividad a un fin supremo. Son los fundadores de obras y de instituciones, que han celebrado en este jubileo la fecha de su fundación y que, con su continuo progreso, han demostrado la necesidad de su acción benéfica, la absoluta bondad del fin a que pretendían llegar. Roma está constelada de estas instituciones, representadas por numerosos colegas de varias naciones, que mandan al centro del catolicismo a los jóvenes levitas para terminar sus estudios filosóficos y teóricos y aprender al mismo tiempo toda la profunda y aleccionadora grandeza de la Ciudad Eterna. Cada uno de estos jóvenes, al volver a su Patria, a veces muy lejana, lleva consigo un recuerdo perenne, saturado de poesía, de esta ciudad, proclamada hoy única en el mundo por tres civilizaciones. El Colegio Pío Latino-Americano, nacido al amparo de un gran Pontífice, Pío IX, ha festejado en estos días su aniversario 75.

El día 21 de noviembre de 1858, fiesta de la Presentación de la Virgen, fué inaugurado este Colegio, por iniciativa de monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, ferviente alma de apóstol, que llegó de Chile a Roma con el propósito de fundar un gran Centro, para multiplicar y perfeccionar el Clero de las naciones sud-americanas.

El Colegio, que gozó de la benevolencia de todos los Pontífices sucesores de Pío IX en la Cátedra de San Pedro, tuvo como primer domicilio San Andrés del Valle, de donde pasó a un edificio de la plaza de Minerva, luego al Noviciado de la Compañía de Jesús, en San Andrés del Quirinal, y, por fin, hace cuarenta y seis años, al grandioso domicilio actual de la Vía Gioacchino Belli.

Mientras el primer alumnado fué de 17 jóvenes, hoy educa el Colegio a más de 390. Entre los antiguos alumnos, unos 80 llegaron a la dignidad episcopal, mientras dos, Joaquín Arcoverde de Alburquerque Ca-

valcanti, ha poco fallecido, y Sebastián Leme de Silveria Cintra, arzobispo de Río Janeiro, fueron elevados a la dignidad cardenalicia. A los primeros enviados de Argentina, de Colombia y del Perú se añadieron poco a poco nuevos candidatos de El Ecuador, de Venezuela, Bolivia, Chile, Costa Rica, Cuba, Guatemala, Salvador, Nicaragua, Paraguay, Uruguay, Honduras, República Dominicana, Puerto Rico, Panamá, islas Filipinas y, sobre todo, de Brasil y de Méjico. Estas dos últimas naciones han dado el mayor contingente de alumnos: la primera, con 398; la segunda, con 433. La presencia de tantos alumnos mejicanos, intensificada en estos años últimos, tiene su explicación: se relaciona con la persecución, que ha obligado a reparar en el extranjero con algunos pastores muchas bellas esperanzas del Clero de aquel inquieto y atormentado país.

El primer obispo del Pío Latino, elegido y consagrado por el mismo Pontífice Pío IX en 1871, fué monseñor José Ignacio de Sea y Obregno.

Entre 1858 y 1932, de los 1.638 alumnos que han asistido al Colegio, 460 obtuvieron la *láurea* de doctor en Teología, 200 la de doctor en Derecho Canónico y 430 de doctor en Filosofía. Además, 180 alumnos obtuvieron la licenciatura en Teología, 71 en Derecho canónico y 154 en Filosofía, sin contar a los bachilleres.

Estas cifras documentan de un modo inequívoco el soberbio desarrollo del Colegio Pío Latino Americano, que ha enriquecido ya de apóstoles a los países de ultramar, apóstoles que han sabido unir en su corazón la nostalgia de Roma católica e italiana al amor inquebrante a la Cátedra de la Verdad, al Vicario de Jesucristo.

Dos lápidas, inauguradas en memoria de los años ya vividos por el Colegio, resumen su historia.

Puso término a la celebración jubilar la palabra del Pontífice. Profesores y alumnos llenaban el Aula Consistorial, donde se desarrollan las ceremonias más íntimas y más grandiosas de la vida de la Iglesia. Ante aquel numeroso núcleo de futuros apóstoles, el Pontífice se detuvo un momento fijando un poco su mirada paternal, como queriendo conservar el mayor tiempo posible tan caro recuerdo. Luego, en su discurso, dijo que participaba en el orgullo de sus hijos por haber celebrado el LXXV aniversario de la fundación de su colegio, número de años que representa una de esas etapas del camino humano en que suele uno detenerse para medir el recorrido, para hacer, en suma, el balance del viaje. Y el balance del Colegio era magnífico, por el número de alumnos y ex-alumnos y por la calidad de los mismos. El Pontífice se refirió luego a la coincidencia del aniversario LXXV del Colegio con la celebración del centenario XIX de la Redención, coincidencia muy significativa, puesto que el Colegio, por lo que ha hecho, por la actividad que desarrolla y por el bien que podrá y sabrá hacer en adelante, no es sino un instrumento de Redención.